

rodney arismendi

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA UNIVERSIDAD CON LA REVOLUCION



**ENCUENTROS Y
DESENCUENTROS
DE LA
UNIVERSIDAD
CON LA
REVOLUCION**

El día 6 de agosto del pasado año se realizó en los salones de Casa de Galicia con un público formado íntegramente por estudiantes que colmaban el local, una conferencia del Primer Secretario del CC del Partido Comunista, Rodney Arismendi.

Dicho acto, organizado por el Sector Universitario de la Unión de la Juventud Comunista y auspiciado por la Revista "Estudios", integró las celebraciones del X Aniversario de la fundación, en su nueva etapa, de la UJC y fue precedido por encuentros y diálogos entre estudiantes de diferentes tendencias, promovidos por los universitarios comunistas; de esas reuniones previas surgió el temario que desarrolló el orador y que a continuación se transcribe:

1. PREMISAS SOCIALES, POLITICAS E IDEOLOGICAS PARA DETERMINAR UN PAPEL AVANZADO DE LA UNIVERSIDAD EN LAS FUTURAS BATALLAS REVOLUCIONARIAS. a) Significado de las capas medias en las luchas del pueblo; el estudiantado. b) La revolución socialista define el carácter de nuestra época —Nacionalismo burgués, "tercerismo" o revolución popular avanzada —Desarrollismo o revolución —Blanquismo o lucha de clases. Problema político y problema militar en la revolución según Marx, Engels y Lenin. c) Programa de la clase obrera y el pueblo en el camino de la revolución agraria-antiimperialista —Estudiantado y clase obrera: acuerdos parciales o unidad programática. d) La construcción del Partido Comunista y el movimiento universitario. Proyecciones históricas.

2. SIGNIFICADO DE DICHAS PREMISAS EN LA UNIVERSIDAD COMO SUPERESTRUCTURA EDUCACIONAL. El movimiento reformista y el programa cultural de la revolución.

3. EL PAPEL DE LOS UNIVERSITARIOS EN LA CONFORMACION DE UNA ALTERNATIVA DE PODER A FAVOR DEL PUEBLO. —Apoliticismo: resabios anarquistas e inconsecuencia en la batalla antioligárquica. —La quiebra de los partidos tradicionales y la Universidad. —El F. I. de L. y las capas medias.

Es natural que el tiempo, necesariamente limitado de una exposición oral, no permitiera abarcar las inquietudes e interrogantes que promovía y expresaba tan denso temario. Por ello el cda. Arismendi ha complementado la conferencia y desarrollado alguno de sus aspectos en el trabajo que hoy se publica, como parte de la colección "Biblioteca de la Juventud Comunista".

De esa forma, la conferencia ya de por sí esperada por expresar la opinión de los comunistas sobre un tema de no común incursión en la literatura marxista, se ve enriquecida con el tratamiento de otros problemas referentes a diversos aspectos de los caminos de la revolución uruguaya. Ello, sin restar valor al enfoque del tema original, contribuye a integrarlo en la perspectiva general del país y, a la par, lo convierte en motivo de interés para todos los militantes del movimiento democrático, avanzado y revolucionario.

Cabe hacer una última puntualización. Si breve es el lapso que nos separa de agosto de 1965, intensa y profunda ha sido, en cambio, la lucha social que este periodo ha alumbrado. Luchas y acontecimientos que, si como es natural, no pueden figurar en el cuadro

anecdótico del presente trabajo, valorizan aún más el acierto de las previsiones que en él se realizan.

Así, los postreros meses del año fueron escenario del más duro enfrentamiento vivido en las últimas décadas entre las clases dominantes y el movimiento popular, cuya columna vertebral es el proletariado. Sólo una clase obrera organizada y de gran madurez en su accionar, estrechamente vinculada a otras capas de la población, entre ellas el estudiantado, pudo ser capaz de enfrentar y derrotar un serio intento regresivo, parcela del plan general que el imperialismo alienta en nuestra Latinoamérica y que, en este caso, unió en un solo haz el ataque a la organización sindical, la restricción de derechos y libertades preparatoria del camino al gorilaje y la provocación antisoviética, todo en el más típico estilo de las recetas de la CIA y el Departamento de Estado. Y del enfrentamiento, por el doble camino de la derrota del enemigo y la acumulación de fuerzas en el terreno de la organización popular y el nivel de su conciencia, un nuevo peldaño se escalaba en el camino liberador de la República.

Otros dos hechos sobresalientes ocurren en el período posterior a la conferencia. Por un lado se constituye la Mesa por la Unidad del Pueblo, plasmando la conjunción más amplia y representativa de las fuerzas de izquierda que combaten en la realidad uruguaya, dispuestas a recorrer todas las contingencias de la lucha en el camino de la revolución. Por otro lado, la clase obrera, elevando aún más su estatura y gravitación en el escenario nacional, entra a participar en lo que hasta entonces se consideraba terreno reservado a las clases dominantes y sus partidos: elabora su propio proyecto de Reforma Constitucional y organiza la campaña por obtener las 200.000 firmas necesarias para su plebiscitación. Con esta iniciativa, la clase obrera —y mal que no lo adviertan ciertas miradas limitadas aún por la estrechez gremial finisecular o el reformismo político—, reúne en una sola acción objetivos de variado alcance y significado: enfrenta desde las mejores posiciones el reiterado objetivo regresivo de las Medidas de Seguridad, camuflado ahora tras el lenguaje jurídico de los proyectos constitucionales de blancos o colorados; articula en su proyecto todo un programa recogido de las propias luchas populares, en primer término el tema definidor de la reforma agraria y diversas medidas de enfrentamiento al dominio oligárquico e imperialista; obstruye de esa forma las posibilidades de engaño de los partidos tradicionales interesados en ocultar las raíces del drama nacional; abre una nueva vía, inédita y de potencial fertilidad, para que por ella transiten amplias masas hacia el rompimiento de sus ataduras con los partidos de las clases dominantes, o, más aún, para contribuir a forjar la propia arquitectura del frente liberador; instrumenta una iniciativa por medio de la cual lo más avanzado de la clase obrera y el pueblo, toma contacto con extensas capas de la población.

Y ambos hechos, Mesa por la Unidad del Pueblo, e iniciativa sindical, configuran aspectos del necesario proceso de nuestra ruta revolucionaria, confirmando, pocos días después lo que Arismendi señalaba el 6 de agosto: "... hoy por hoy, la formación del frente de liberación nos exige enfrentar el bipartidismo por un doble y simultáneo proceso de agrupamiento de las fuerzas antiimperialistas y avanzadas —la izquierda— y de emancipación política e ideológica de las grandes masas a través de su experiencia, de todo contralor de las clases dominantes y sus partidos".

La UJC, al engrosar con este volumen su biblioteca está segura de aportar a la educación y formación de nuevos contingentes de militantes revolucionarios en nuestra patria.

Walter Sanseviero.

Montevideo, 15 de mayo de 1966.

CONVERSACION CON LOS ESTUDIANTES

COMPAÑEROS:

Los organizadores de esta asamblea —exigentes y osados— me han impuesto la obligación de abarcar un temario por demás ambicioso. Pienso que aun extremando el esfuerzo de síntesis, éste no puede ser examinado durante el tiempo de una sola exposición. Surge de aquí una primera e importante dificultad como es la de cruzar sobre cuestiones hondas y multiformes apenas si a vuelo de pájaro.

Empero, no hemos rehuído su tratamiento. Porque si atribula esta imposibilidad de considerarlas hoy de un modo total, nos sentimos obligados a participar en la dilucidación por su carácter vivo y perentorio. Estos puntos no han sido puestos en el orden del día por una episódica o presuntamente vocacional inquietud estudiantil. Concretan ciertos interrogantes de gente dispuesta a contribuir a la hora revolucionaria. Corresponden a la preocupación avizora de quienes participan de la irrupción de los estudiantes y la intelectualidad avanzada, en la pertinaz brega social y nacional que se derrama por Iberoamérica. Al nivel de nuestros pueblos, estos temas ya no se manejan —¡felizmente!— ensombrecidos por angustias metafísicas o esterilizados por la búsqueda de una mitología a la moda. Por el contrario, traen pegadas al cuerpo las huellas de haber estado revolcándose en la tierra —a veces empapada de sangre— de nuestro presente “matinal”. Y esto les confiere una desbordante salud; antes que nada son problemas de un quehacer redentor, el “rescate de nuestras patrias” oprimidas y expoliadas. Al establecer esta prevalencia no estamos concediendo nada, en principio, a quienes piensan que el menosprecio de la teoría, las especies del empirismo y el pragmatismo desprestigiados en otros campos, rinden honorarios en el plano de la práctica revolucionaria, o cuando menos, en el terreno circunscripto de la política diaria.

Con Lenin proclamamos que no hay práctica revolucionaria, ni aun en la inmediatez táctica, sin una teoría que la guíe, y sin que se recreen ambas en la inseparable y fértil conexión. Por suerte, nuestro temario que, en cierto sentido, participa del diálogo aséptico de las academias —quito todo significado peyorativo al término— se integra hoy cómodamente en el temblor esperanzado de masas que avanzan hacia la revolución, mejor dicho que la están haciendo en nuestra Iberoamérica.

Es —como gustan decir ustedes— una “problemática” compleja. Caben en ella las preguntas con que la intelectualidad de nuestro continente escruta sin reposo el destino de estas tierras dramáticas; o sea, el gran tópico de una cultura nacional y popular, tema éste que aquí no puedo siquiera tocar ⁽¹⁾.

Es que, compañeros estudiantes, cuando amigos y enemigos vemos que la revolución liberadora no es sólo perspectiva en el continente, sino que es carne de la carne de la hora que cruza fugaz y permanente, del minuto en que somos, las tesis acerca de la Universidad y del desempeño estudiantil, si se piensan a la profundidad del hueso, sólo pueden estimarse en cuanto a las coordenadas de revolución y contrarrevolución. ¡Y nuestro tiempo es revolución! Desde octubre de 1917, la calle principal de la historia fue abierta por la revolución socialista. Lenin nos previno: nadie debía esperar una línea recta como la Perspectiva Nevski. Y a esa calle principal han ido desembocando, enroscándose más bien, todas las vías de nuestro tiempo, avenidas y callejuelas, corredores y atajos... Y el viento que Alejandro Block sintiera levantarse renovador sobre el planeta,

(1) Ver H. P. Agosti, “Nación y cultura”... (Ed. Procyón, B. Aires, 1959). “La expresión de los argentinos” en “Cuadernos de Bitácora” (Ed. Lautaro, 1949, B. Aires). “Echeverría” (Ed. Futuro, B. Aires, 1951).

sopló hasta la tempestad, al sumársele las ondas de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes. Nuestra América Latina siente esparcirse por sus tierras este hálito poderoso y conjugado. Cuba lo está probando.

Y, claro está, que cuando rugen a este ritmo las tormentas de la historia, se refrescan las cabezas de muchos catedráticos, la calle invade el aula y se levantan como alas las manos de una muchachada dispuesta a arrancarle al cielo sus estrellas, para poder contar si tienen cinco puntas.

I

EL ESTUDIANTADO, ACTOR DEL DRAMA OPTIMISTA DE IBEROAMERICA

¿Quién puede dudar que en todas las esquinas de nuestra Iberoamérica voces agudas o broncas de una fervorosa mocedad estudiantil resuenan como pregonos no sólo de una inquietud universitaria, sino de una revolución nacional liberadora en marcha? Y si es menester limpiarnos de todo mesianismo estudiantil y universitario —concubino muchas veces de la maltrecha teoría generacional que en las últimas cuatro décadas ha estado de turno y, a veces, para todo servicio— sería prueba de una miopía sin remedio no advertir la presencia infaltable de los estudiantes entre los actores destacados de este drama optimista que a partir de Cuba nombramos como la segunda guerra de la independencia.

Esta presencia estudiantil que va llevando tras ella al universitario como capa social, y a la Universidad como escenario de una aguda lucha de clases, se destaca por su pertinacia, se extiende innumerable, se califica y concreta, se supera ideológicamente. Hoy, las teorías generacionales cuelgan en la ropavejería junto al olvido ensayo de Ortega y Gasset acerca de la “misión de la Universidad”, aunque a veces algún superrevolucionario hurgue en ellas, para apuntalar con trastos ideas prematuras.

“Obreros y estudiantes, unidos y adelante”

Los estudiantes y una parte de los universitarios han concretado su antimperialismo, han definido su beligerancia democrática, han resumido en nuestro país en una consigna (“obrerros y estudiantes, unidos y adelante”) la noción estratégica de la alianza con el proletariado, clase avanzada, protagonista de nuestra época, la clase que encarna por excelencia el sentido profundo de nuestro tiempo, la revolución socialista.

¡Adviértase la proyección de este grito! El alborota al oligarca y encrespa a su hijo el señorito que debe recoger en la Universidad destrezas técnicas y argucias jurídicas para gobernar, o simplemente dar lustre a la presidencia de la sociedad anónima, rural o industrial, con un certificado o un título. Promueve el sobresalto del político de la gran burguesía conciliadora que ve alzarse *esta palabra de orden* como un muro, en su juego doble y habitual de soborno del universitario. Y es lógico que el gorila gruñan cuando los vientos revolucionarios de nuestra América esparcen esta frase como un eco augural.

Claro está, su trascendencia no puede escapar a nadie. Formalmente se repite o evoca alguna de las hermosas frases de los reformadores universitarios que, del 18 al 30, hicieron vibrar sus dianas rebeldes en las urbes principales de la América nuestra. Pero esta vez, el contenido es otro, y aun la forma se ha ido precisando hasta bruñirse en una noción estratégica.

Para medir el trasfondo socio-político que hoy representa y por lo tanto su valor como “idea-fuerza” en la transformación nacional y social de nuestros países, además de registrar el escozor alérgico de las clases dominantes, conviene valorar esta consigna (“obrerros y estudiantes, unidos y adelante”) a la luz de una referencia más próxima a nosotros aunque más lejana en el tiempo. José Carlos Mariátegui, testigo lúcido de la insurgencia universitaria, luego de apreciar los méritos de este movimiento puesto a andar en 1918 y que se propaga a lo largo de la década del 20 como una marejada, anota que el proceso de agi-

tación universitaria en Argentina, Uruguay, Chile, Perú, etc., “acusa el mismo origen y el mismo impulso”. *“La chispa es casi siempre un incidente secundario, pero la fuerza que la propaga y la dirige viene de este estado de ánimo, de esta corriente común...”*. “Los estudiantes de toda América Latina, aunque movidos a la lucha por protestas peculiares de su propia vida, parecen hablar el mismo lenguaje”. Explica que él se conecta al temporal revolucionario de postguerra cuyo hecho central es la revolución rusa; tras sus conceptos difusos, el joven siente que se lo convoca a cumplir “una función heroica y realizar una obra histórica”. La crisis mundial invitaba a los pueblos latinoamericanos “con insólito apremio a realizar y resolver sus problemas de organización y crecimiento”. Y luego verifica: *“La ideología del movimiento estudiantil careció al principio de homogeneidad y autonomía”*. Unicamente —dice Mariátegui— *“a través de la colaboración cada día más estrecha con los sindicatos obreros, de la experiencia del combate contra las fuerzas conservadoras y la crítica concreta de los intereses sin principio en que se apoya el orden establecido, podían alcanzar las vanguardias universitarias una definida orientación ideológica”* (2).

Combate y crítica, artífices de la nueva conciencia estudiantil

Esta condición que señeramente Mariátegui le pedía entonces al estudiante ¿no es justamente el rasgo más interesante del movimiento universitario de nuestros días? En aquella hora quizá aún no se habían creado las premisas para su ocurrencia. Ni el movimiento obrero ni el estudiantil estaban en condiciones para ello. El curso del desarrollo capitalista se aceleraba luego de la guerra; los líderes de la Reforma debían elegir entre ser partícipes del proceso de formación de los partidos comunistas, elevándose a la conciencia marxista-leninista —lo que hicieran Mella, Agosti, González Alberdi (3)— y tantos actuales militantes destacados del movimiento revolucionario comunista o transformarse en ideólogos del reformismo burgués, volverse nacional-reformadores. Haya de la Torre —prescindamos de su pintoresquismo y su vocación zarzuelera— es quizá el ejemplo más típico, inclusive por ser hoy —también típicamente— el personaje venal y grotesco del entreguismo peruano. Cuando Haya rompe con Mariátegui invoca ideológicamente la necesidad de aclimatar el marxismo a los “métodos criollos” y al “caudillismo” iberoamericano. Según él, tácticamente se trataba de “ser prácticos”, de encontrar los caminos concretos, propios del país, aislados de la revolución mundial, para definir los objetivos transformadores en grandes partidos de masas. Más tarde buscaría en el Kuomintang la imagen de tal partido.

Su experiencia se parece a la de algunos de nuestros recientes innovadores de los partidos tradicionales. Concluyó donde debía concluir. ¡Pero qué distancia insalvable guardan en nuestra época estos personajes con la mayoría del movimiento universitario!

Es que el grito de guerra de los estudiantes uruguayos —todavía sea o no, conciencia teórica transformadora, lo que supone una praxis revolucionaria socialista— ya está integrado en el proceso activo de la revolución nacional-liberadora. En ella, más que espejo, es hoy uno de los alfareros del futuro. Por eso es un grito desnudo; no condice con la chafalonía política, ni puede ataviarse ya con la oratoria de ocasión. Sigue ofreciendo al historiador o al sociólogo material precioso para ser cronista e intérprete del movimiento uruguayo y continental; pero —¡felizmente!— además de grito es definición: *está señalando que luego de la noción estratégica fundamental de nuestra revolución —la alianza de los obreros y campesinos— la intelectualidad avanzada, y en su primera línea la ju-*

(2) José Carlos Mariátegui, “Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana” (Editorial Universitaria, Lima. Todas las citas corresponden al ensayo acerca del Proceso de Instrucción Pública).

(3) Mariátegui podría incluirse en esta nómina (que ejemplifica y por lo tanto no es total, ni pretende adjudicar precedencias) aunque él mismo dijera en una sintética autobiografía: “...soy un autodidacta. Me matriculé una vez en letras en Lima, pero con el solo interés de seguir el curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extrauniversitario”. (“Mariátegui y su obra”, por Jorge del Prado. Ed. “Nuevos Horizontes”, Lima 1946, p. 17).

ventud estudiantil, son un ingrediente indispensable de este plato que está cocinando la "maga historia" en su caldero —gloso palabras de Marx— y cuyo crepitar se oye desde el Caribe hasta nuestro confín austral.

Condición social y superación ideológica

Es natural pues, que si por un lado, la mayoría de los universitarios como integrantes de las capas sociales intermedias se sienten sacudidos por la crisis de la sociedad y tienden con ardor aunque con hesitación ideológica hacia la revolución; por otro, es también natural que muchos entre ellos rebasen las fronteras mentales de su clase para adherir al socialismo, para elevarse ideológicamente a la condición de revolucionarios de la clase obrera.

¡Y éste es el tiempo de la revolución socialista!

¡Cuántos luchadores de la pequeña burguesía intelectual, particularmente de esa cantera de combatientes y mártires que es el movimiento estudiantil latinoamericano, se han ido incorporando a las filas comunistas, al marxismo-leninismo! ¡Y cuántos vendrán aún! Baste recordar el proceso de la revolución cubana. Entre las numerosas originalidades de esta primer revolución socialista en América, se puede verificar no sólo el gran papel que como parte de una capa social desempeñaron los estudiantes, sino el hecho mismo de que su jefe fuera —antes que nada— por militancia y extracción social, un típico estudiante revolucionario de esta sacudida América nuestra. Creo que nuestro amigo Fidel Castro no sentirá disminuir su poderosa personalidad y su condición de jefe comunista porque lo ubiquemos, por origen, en tal torrente de la revolución. Tampoco ello da lugar para que pretenda nadie extraer una conclusión diminutoria del papel hegemónico de la clase obrera en la revolución nacional-liberadora. Es que la historia —ceñida a leyes rigurosas— hace a veces trampas como un fullero de calidad. Entre las numerosas "astucias de la historia" que ofrece la revolución cubana, quizá la más prominente sea esa elevación de Fidel Castro y de muchos de sus compañeros de hazaña, a través de la propia obra victoriosa antimperialista y democrática, a la inteligencia teórica del conjunto del movimiento, a la ideología socialista, tal como lo auguraran en el lejano 1848 Marx y Engels en el Manifiesto Comunista.

Hoy vivimos una hora nueva en el movimiento universitario: su incorporación, desigual y titubeante, pero su incorporación, como un caudal o vertiente del movimiento antimperialista democrático que recorre Iberoamérica. En el fuego de la lucha, en función de la fortaleza de la clase obrera y del vigor militante de su ideología socialista, se torna su aliado valeroso y decidido, e inclusive, sus figuras más destacadas se incorporan a la ideología del proletariado, al marxismo-leninismo.

¿Hay un ciclo fatal que va de la radiante juventud a la madurez traidora o filisteá?

Estas afirmaciones —que, en última instancia, recogen los hechos de una realidad iberoamericana en veloz transición— nos están diciendo que cuando hablamos de los universitarios como integrantes —mayoritariamente— de una capa social, no debemos limitarnos a su avanzada estudiantil. En términos generales, los estudiantes —como toda la historia se ha encargado de probarlo, aquí no es menester ya el análisis teórico— son una antena sensible del subterráneo temblor revolucionario. Y hoy se elevan cada vez más, de la situación refleja y de la pretensión populista de ver en el proletariado una especie de gigante ciego que ellos iban a iluminar, a los planos de una militancia más consciente por la revolución. Pero con ello van arrastrando tras de sí a otros sectores de la Universidad, a su vez maltratados económica, política y culturalmente por la profunda crisis de las sociedades latinoamericanas.

En consecuencia, tanto si observamos este proceso en curso, como si tomamos en cuenta que en muchos de nuestros países el universitario —genéricamente hablando— es porción de las capas medias, parte de sectores sociales sujetos a la opresión nacional y social del imperialismo y las clases dominantes, con su cuota de frustraciones específicas de índole cultural y profesional ¿podemos hablar sólo

del estudiante? ¿Es que cuando señalamos a las capas medias como aliados del proletariado en la revolución, podemos prescindir de que gran parte de los que hoy llamamos *universitarios* pertenecen a esas porciones de la sociedad? ¿O acaso puede considerarse como fatalidad la desertión, cuando el ardor estudiantil se aquieta y el título aleja de la Universidad? ¿O cuando el profesionalismo, inserto en las duras leyes de la sociedad capitalista, y las necesidades económicas personales, elevan a una parte a la condición de contralor del movimiento obrero en la fábrica, a otros al cuadro político-jurídico del ejercicio del poder burgués, o a otros a sufrir la presión de la crisis de estructura y las insatisfacciones de su sueño de profesional o de representante de la cultura o de la técnica, contradichas por un régimen social que es incapaz de resolverlas básicamente? ¿O que apenas les permite evadirse en un presunto aristocratismo intelectual que es también una forma de la alienación?

Pensamos que no. No es fatal que la hora de la insurgencia juvenil sea sustituida por la entrega o por esa mezquindad filisteica que captó André Spire⁽⁴⁾ en su conocido poema acerca de las estudiantes.

Este verso amargo que toma por tema las estudiantes, podría en realidad documentar la trayectoria de tanto universitario que más allá del fervor estudiantil transitó en la hora del doctorado hacia el carro de los partidos tradicionales, los equipos de las clases dominantes o hacia el olvido de la lucha social en la República.

Pero ¿podemos pensar que esto es fatal? ¿Podemos creer que este temblor que sacude al universitario, que conmueve la Universidad y que más allá de ella desborda y toca una capa social muy vasta, las capas medias y a los intelectuales de estos países, confrontándolos al imperialismo y a las oligarquías dominantes, lleva desde ya el estigma fatídico como un destino, del alejamiento del pueblo y del proletariado, de la traición del profesional y del docente universitario?

¿Pero acaso la Universidad no vive en su seno el drama de la sociedad y el presentado desenlace de la revolución? ¿Qué son los universitarios?

¿Cómo se debe valorar a la Universidad en relación al proceso revolucionario de América Latina y según el pensamiento marxista-leninista que considera la lucha de clases el motor del desarrollo de toda sociedad dividida en clases?

Y aunque por lo dicho nuestra opinión ya es clara y explícita, conviene seguir un poco más esta indagación.

(4) Obrero ¿te acuerdas de las estudiantes
de sus sobrias chaquetas, de sus tocas
de sus ojazos de febril mirada?
¡Cuántas esperanzas en aquellas muchachas valientes pusimos,
en la violencia de sus tesis,
en el calor de sus gritos!
mejoras de jornal, emancipación de su sexo,
amor libre; ¡qué miedo pasaban sus pobres mamás!
Obrero después las he visto, con sus maridos tus patrones;
llevaban vestidos de moda y al pagar hacían regateos sórdidos.
Reventan de trabajo a sus criadas, y dicen:
“el sueldo por franco ¡qué robo!”
y murmuran y se apasionan en sus salones Luis XVI
discutiendo el color y las formas
de un mantelillo de mesa té.

II

ESTIMACION SOCIOLOGICA DEL UNIVERSITARIO

Insistamos en lo primero. Cuando hablamos de los universitarios hay que pensar en categorías dispares, en el estudiante, en el docente, en el profesional. Y bien recientemente, Mario Benedetti ⁽⁵⁾, en su última novela ha tipificado en un profesor de la Facultad de Derecho, la fallutería de una clase, la traición a la Universidad, al político-negocista "culto", inspirador de las clases dominantes de nuestro país, entre mascullar códigos, dirigir fábricas o enjuagar negociados en los secretos de las cajas negras.

Es decir, hablamos de personas surgidas de las capas sociales medias pero que en su mayoría caen dentro de esa denominación genérica de intelectuales de acuerdo al criterio del marxismo. Esa definición se refiere a capas sociales intermedias, no homogéneas, pero que abarcan no sólo al estudiante sino también al profesor, al profesional universitario, al artista, al escritor. De antemano excluimos de ella toda idea de cohesión social e ideológica; sabemos que hay títulos universitarios en la Asociación y en la Federación Rural, en la Asociación de Bancos y en la OEA, pero sabemos también que la mayoría de los profesionales universitarios y grupos cada vez más significativos de docentes corresponden a la inquietud de las capas medias confrontadas con la crisis de la estructura social, con la dominación imperialista, aferradas por la mano de la inquietud económica, abrumadas por la caricatura o muerte de sus sueños, por la quiebra de las grandes palabras que no soportan la cruda luz de la realidad, por la imagen de una sociedad gobernada por los grandes intereses enlazados a los bancos, los terratenientes, los sectores monopolistas de la industria y los representantes financieros o políticos de los imperialistas, por las camarillas gobernantes.

La mayoría de los estudiantes —especialmente— son hijos de una pequeña burguesía sacudida y en parte radicalizada, que es partícipe potencial de la revolución antimperialista y también potencialmente es fuerza que en su mayoría puede transitar con el proletariado hacia etapas superiores, la revolución socialista. Y si bien los cuadros de los docentes y profesionales universitarios no reflejan aún el tono y las notas vibrantes que las capas más radicales de la pequeña burguesía arrancan del movimiento estudiantil, en gran parte también pertenecen a esas capas medias, y en su actividad cultural o profesional, como lo decíamos, chocan con los marcos de una sociedad corroída por la más profunda crisis.

Del Plan Camelot a la sociología de las "élites circulantes"

No en balde el imperialismo norteamericano dedica hoy una atención especial a la penetración en las universidades de América Latina. Dirige su maniobra desde los sinuosos caminos del plan Camelot y otras "investigaciones", hasta los seminarios que acuñan como valor adquirido la concepción sociológica profundamente reaccionaria acerca de las "élites" como factor determinante de la evolución social. Es el trabajo que le asigna a la OEA para la penetración de las universidades o de los institutos de estudios agrarios, son las becas y el cortejamiento de las autoridades de la enseñanza al amparo de notorias carencias presupuestales, es el intento del soborno y conquista de sectores de la intelectualidad

(5) M. Benedetti, "Gracias por el fuego". Ed. Alfa, Montevideo, 1965.

para incorporarlos al carro del dominador. Su trabajo corresponde a la captación que en otro plano se hace de los cuadros militares por la Junta Interamericana de Defensa, o al soborno de sectores de la burguesía nacional a través de la Alianza para el Progreso o al gastado expediente de formar y comprar líderes sindicales en la caduca y decadente ORIT, golpeada por la lucha de clases y el despertar nacional en el Continente.

Teóricamente, frente a la concepción de que los universitarios provienen de capas sociales potencialmente aliadas del proletariado, partes de un frente común antimperialista, antilatfundista y posibles transeúntes hacia etapas superiores como la revolución socialista, la sociología norteamericana pretende que los universitarios y los intelectuales constituyen una clase social⁽⁶⁾ nueva que va tomando la dirección de la sociedad.

Ya en su época, el vocero de la oligarquía financiera norteamericana J. Burnham, trotskista transformado en tecnócrata y propagandista de la geopolítica, afirmaba que el estado capitalista-imperialista había demostrado la superación de Marx porque había generado la revolución "de los directores", de los "managers". Mucho más claro es el planteamiento bebido en Pareto que se encuentra en la orientación sociológica que domina la Universidad norteamericana, y cuyo más habilidoso y documentado expositor es Sorokin. La sociedad sería un movimiento permanente de élites; los cuadros mejores de las clases bajas en un momento determinado transitan hacia las clases altas; se produce un movimiento de dirigentes y dirigidos, no de clases opresoras y clases oprimidas. Los intelectuales, los mejores entre ellos, tendrían la opción en esa sociedad de transformarse en los timoneles de los negocios públicos, en los conductores políticos e ideológicos, en los directores de la técnica, en los presidentes de los consorcios y de los consejos de las sociedades anónimas.

Carl Zimmerman —cuyo prestigio en la Universidad uruguaya desborda sus méritos— al exponer tal idea sociológica ejemplifica con una referencia directa al Uruguay. Habla de una nueva "intelligentzia". Y aclara sus propósitos: "Aquí se estudia la reciente ascensión a la preeminencia social y a la dirección, de los grupos o clases de personas con educación superior"⁽⁷⁾. Y agrega: "En civilizaciones complejas, técnicamente hablando, tales como las de Europa, EE.UU., muchas colonias europeas, Japón, Méjico, Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y otros países la "intelligentzia" es actualmente la clase social más importante, la clase social clave"⁽⁸⁾. "Esta nueva "intelligentzia" es producto de instituciones de enseñanza superior tales como aquéllas que dan los títulos de licenciados, masters, doctores, abogados, maestros, ingenieros y otros"⁽⁹⁾.

La lucha de clases tiene algo que ver con la sociología...

Como se advierte, la noción de clase social pierde su contenido concreto-material para transformarse en el resultado de la posesión de determinados conocimientos y destrezas que permiten a algunos egresados de las universidades elevarse al rango que ocupan los dueños de las tierras, las fábricas, los comercios y los bancos de cada país. Aparte de la ausencia de toda medida objetiva para definir lo que es una clase social, confunde la función de unos pocos —ejecutantes de una partitura escrita por los intereses histórico-sociales de las verdaderas clases dominantes— con la posibilidad y la suerte de todo un vasto sector de las capas medias. Resulta luego bien cómodo explicar el proceso social, cul-

(6) Lenin define las CLASES SOCIALES de este modo: "Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes refrendan y formulan en gran parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo de otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social." ("Una gran iniciativa", Obras Escogidas en tres tomos, t. 3, Ediciones en Lenguas Extranjeras, p. 242).

(7) Boletín Uruguayo de Sociología. Montevideo. Octubre de 1964. Año IV. Nos. 6 y 7.

(8) Id., págs. 74-75.

(9) Id., pág. 75.

pando individualmente a la mayoría de los universitarios de no haber sido capaces de llegar al cielo. ¿Acaso no es esta teoría la traslación para uso del imperialismo, de la gastada leyenda edificante de la "igualdad de oportunidades" ante la vida?

A la concepción de la lucha de clases, a la idea del enfrentamiento entre explotadores y explotados determinado por el lugar que ocupan en la producción, por la posesión o no, de los medios fundamentales de producción, oponen la imagen fraudulenta de una nueva clase social, que emergería de la Universidad, de la enseñanza superior y para la cual genéricamente ya está resuelto su destino. A mayor abundamiento, el plato en la mesa y servido...

De esta definición seudo-científica a la práctica brutal pero cretina de los ideólogos de la política imperial yanqui que creen que es posible domar a los pueblos seduciendo a una parte de la intelectualidad, no hay más distancia que la que media entre el proyecto y la realización. Desnudas aparecen la intención y la tarea: sobornar al universitario, llevar el proceso de su captación hasta transformarlo en instrumento de poder del opresor yanqui y de las clases dominantes aborígenes. ¡Todo a los acordes del Himno de las Américas o de su nueva versión prosaica la Alianza para el Progreso!

Y ¿cómo no sonreír cuando vemos a un Gino Germani invocar la pureza del conocimiento científico, la prescindencia de toda política o reacción emocional, con vistas a viabilizar estas tendencias principales de la sociología norteamericana?⁽¹⁰⁾

Se queja de que nacionalistas y marxistas se prevengan contra ella y de paso disparen sus dardos contra el bien rentado patrocinador. ¡Bonita ciencia ésta, la sociología, como para situarla al margen de la política, de las luchas de clase y de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes!

Y sobre todo ¿cuando manejamos categorías sociológicas tan virginales como la definición de clase social, o la impoluta teoría de las "élites"!

Intelectuales y estudiantes, más allá de los que ascienden, o se conservan, o se integran en los equipos de las clases dominantes —los grandes capitalistas y terratenientes— son parte del pueblo en nuestros países y de un pueblo social y nacionalmente oprimido. Dentro de ese pueblo, forman en la gama heterogénea de las capas medias, llamadas a la revolución por la crisis profunda e irrecuperable de toda la sociedad. En esa revolución no pueden cumplir —como capa social— la función dirigente. Esa función le pudo corresponder otrora a la burguesía nacional; hoy sólo el proletariado está en condiciones de ser el conductor, la clase hegemónica de la revolución. En el frente que el proletariado aliado a los campesinos está construyendo, un amplio lugar debe ser ocupado por la intelectualidad, debe ser llenado por los estudiantes. Y es, justamente, el proceso que estamos viviendo. Y esto explica —reiteramos— el acento y el nuevo contenido del grito estudiantil: "obreros y estudiantes, unidos y adelante".

No sólo *unidos*, sino hacia *adelante*; cumpliendo ahora la fase antimperialista y agraria de la revolución; transitando mañana —en ese movimiento dialéctico de *unidad* y de *lucha* entre el proletariado y sus aliados— hacia el socialismo.

(10) G. Germani, "La Sociología en la América Latina", Ed. Universitaria, B. Aires.

III

UNIVERSIDAD Y LUCHA DE CLASES

Y ya estamos en la segunda parte de nuestra indagación. ¿Cuál es el carácter de la Universidad a la luz de la teoría de la lucha de clases?

La Universidad como los centros de enseñanza en su conjunto, se mueve en el ámbito de la superestructura. Ustedes recuerdan el planteamiento de Marx, su concepción histórica materialista: la base de la sociedad está dada por sus relaciones de producción; el desarrollo de la sociedad se produce por el choque dialéctico y la necesaria correspondencia entre el desenvolvimiento de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Sobre ese modo de producción material se edifican las distintas superestructuras, políticas, jurídicas, ideológicas, que en grados diversos influyen sobre esa base social, que en grados diversos se interrelacionan, que en grados diversos son también teatro de la lucha de clases que se desenvuelve en el seno de toda la sociedad. Este conjunto dinámico de base y superestructura constituye una formación económico-social; la historia de la humanidad es la historia de las diversas formaciones económico-sociales, de su nacimiento, de su desarrollo y de su muerte⁽¹¹⁾.

La Universidad, por lo tanto, es fruto y expresión de un régimen social determinado y, en última instancia, cumplirá las funciones que las necesidades culturales y técnicas de ese régimen le reclaman. Ideológicamente, más allá de las doctrinas que disputan la orientación de la cátedra, la Universidad siempre tenderá a ser básicamente, en su enseñanza, una exaltación ideal, embellecida, de los principios más generales del régimen que la nutre.

No entendamos esta tesis en forma simplista; no sostenemos el absurdo de que se dedica a trasladar el esquema del grupo político que momentáneamente ocupa el gobierno de un país. Menos aún que todos los profesores enseñan las mismas cosas, cumplen la misma función, se confunden en el mismo sermón regresivo a órdenes inmediatas de las clases dominantes.

El fenómeno es mucho más complejo. Pero esa complejidad no niega sino que parte de las referidas verdades fundamentales.

Un poco primariamente podemos ir componiendo una definición.

En pos de una definición marxista del proceso universitario

Desde un ángulo que abarca una parte significativa del panorama, se puede afirmar que la Universidad es una institución —en cierto sentido peculiar, un rodaje del aparato estatal— cuya misión es formar técnicos y científicos según las necesidades del desarrollo social, entendiendo éstas de un modo históricamente concreto.

Ya en esta primera aproximación podemos distinguir dos elementos contradictorios.

(11) Es necesario distinguir entre las leyes generales del desarrollo social y aquellas que son propias de cada formación social. Por ejemplo, la ley de la necesaria correspondencia entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción o aquella que señala al modo de producción como el factor determinante del proceso social, son leyes de carácter general. Inclusive la afirmación de Marx y Engels de que la lucha de clases es el motor de la historia posee validez para casi todas las formaciones sociales, salvo el comunismo primitivo o la sociedad en que el socialismo está construido plenamente.

Por un lado nos encontramos con que la Universidad pertenece a una formación económico-social dada; más todavía, participa de su configuración institucional.

En esta condición, y en una sociedad dividida en clases sociales antagónicas como la nuestra, deberá responder en lo fundamental, al interés y al predominio ideológico de la clase o las clases dominantes. La condición de dominio de esas clases se define por su posesión de los medios fundamentales de producción. Y estas relaciones de propiedad son las más importantes dentro del conjunto complejo de relaciones de producción que —como Marx enseña— constituyen la base o estructura de una sociedad, y que condicionan el orden jurídico-institucional. Lo que no quiere decir que tales o cuales formas políticas cambiantes y circunstancias del Estado obedezcan automáticamente, como un calco, a las modificaciones que se van procesando en la base económica.

Pero, por otro lado, las urgencias técnicas y científicas que se reflejan en la enseñanza universitaria son promovidas por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, por los apremios y los enigmas que el propio movimiento histórico va suscitando. Los retardos, los desacomodos y las crisis universitarias, en última instancia, tienen también que ver, *en forma directa o refleja*, con las discordancias en el seno de la sociedad, con la correspondencia o no, de las tendencias dinámicas del desarrollo de las fuerzas productivas con las relaciones de producción. Y en consecuencia, con la lucha de las clases sociales, cuyo escenario es toda la sociedad y que se manifiesta peculiarmente en el proceso universitario. Conjuntamente con esta repercusión del drama general, o mejor dicho sobre la base de la contradicción fundamental que desgarra y mueve a la sociedad en su conjunto, se gestan y se desencadenan otras de carácter científico y técnico —y en casos individuales, ideológico— que son privativas de la Universidad por ésa su conexión dual con ambos componentes del modo de producción, las fuerzas productivas que pugnan por desarrollarse y las relaciones de producción que contienen o aceleran ese desarrollo.

Esta complejidad adquiere todavía más relieve si consideramos que a la Universidad —como a todos los centros de enseñanza— le cabe por desempeño específico conservar y transmitir la herencia cultural, es decir, poner al alcance de las jóvenes generaciones la suma de conocimientos que la humanidad ha venido acumulando a través de su historia. En dicha herencia cultural —como ustedes saben— se enlazan y pugnan entre sí, los conocimientos científicos en perpetuo avance con las limitaciones ideológicas propias de la clase social dominante de cada época. Es así una imagen viva de la unidad dialéctica (absoluto-relativa) del movimiento histórico. Y la Universidad puede ser no sólo conservadora de esa herencia, sino su continuadora, inclusive la promotora de nuevas etapas, en tanto intervenga en el terreno de las investigaciones, anticipe teóricamente el cambio técnico, penetre en el secreto de la materia o cifre en las fórmulas de la llamada ciencia pura, bases para las construcciones del más adelante.

Desde este punto de vista, en la Universidad se entrelazan por un lado los elementos ideológicos perecederos que cada clase social va exigiéndole y va determinándole como norma, con los elementos de un quehacer científico que responde directamente al desarrollo de las fuerzas productivas, y por ende, a la continuación intelectual de la humanidad. La Universidad transmite así, como una polea, a través de la historia, lo que el hombre ha ido avanzando en el terreno del conocimiento, en el dominio de la naturaleza, en develar el secreto de la materia, en una palabra, en el progreso general de la ciencia, en todas las formas del conocimiento y la expresión. Recoge acumulativamente los frutos de ese largo itinerario histórico que se confunde con la biografía del hombre; que arranca del instrumento primitivo, de los primeros constructores de herramientas, autoconstructores del hombre mismo, pasando por los teorizadores en general deductivos de Grecia o de la antigüedad, hasta llegar a aquéllos, que en los laboratorios y clínicas, o en la abstracción de las fórmulas matemáticas, impulsan las ciencias naturales o físicas, elaboran la teoría de la relatividad o de los cuantos, dominan la electrónica y la cibernética y nos otorgan actualmente, en medio de una gran revolución técnica, instrumentos fundamentales para lanzar a la humanidad hasta el cosmos, para la extensión y “proyección de la figura humana” por utensilios que hoy son de complejidad infinita; en fin, en la adjudicación al hombre —criatura de la naturaleza y de la sociedad y que éstas con-

dicionan— de un poder transformador que eclipsa las más audaces fábulas milagrosas.

Todo simplismo pues, en esta materia, conduce a callejones sin salida, a la adulteración del pensamiento del marxismo, a ideas primitivas erróneas y mecanicistas, de las cuales bien que se burlaría si pudiese, ese viejo Marx que tanto amaba la dialéctica recogida de las manos de Hegel.

Prosigamos. Como todos los centros de enseñanza, la Universidad se mueve en un ámbito superestructural de muy viva reacción sobre el conjunto de la sociedad. Si por un lado, forma cuadros para la producción, conserva y regenera la tradición técnica y científica, y es hasta una medida del acervo cultural de un país, y tiene que ver —con bastante immediatez— con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas (que refleja pero de las cuales es, también, de cierto modo, parte integrante) ⁽¹²⁾, por otro lado, la Universidad es una propagadora y cultivadora de ideologías y una formadora de cuadros para la vida político-social, para la dirección y administración —a través o no del Estado— de los negocios de las clases dominantes. Y como es lógico, dentro de ambos aspectos prepara específicamente a los hombres dedicados a asegurar la continuidad de la enseñanza ⁽¹³⁾. En ésta su función, que en buena parte cabe en la conservación o continuidad de la herencia cultural, es donde más típicamente conviven como hermanos mal avenidos, los conocimientos que corresponden al ininterrumpido curso del dominio del hombre sobre la naturaleza, superación práctico-crítica de sus limitaciones e ignorancias a través de toda la historia humana, con la concepción del mundo y las direcciones ideológicas de las clases dominantes, de la sociedad en que vive y enseña. Como Marx lo dijera, la ideología que domina en una formación económico-social siempre es la ideología de su clase dominante. A ello no escapa el ámbito universitario, la “majestad de la cátedra”, siquiera la pretendida pureza esencial del razonamiento filosófico. Ni el laboratorio puede evadirse totalmente de este condicionamiento. Pues si bien las ciencias físico-naturales no se definen por un carácter de clase, la concepción del mundo del sabio y el investigador y las fronteras de la sociedad en que actúa, pueden contradecir, limitar y hasta confinar entre paredes de una ganga filosófica conservadora ⁽¹⁴⁾ el oro puro de la comprobación científica o —más aún— del descubrimiento. Y ello, sin que hablemos de la utilización social por las clases dominantes para la expoliación o la matanza, de los frutos de las cavilaciones y desvelos del investigador o el constructor.

Quizá estemos ya en condiciones de hacer un resumen: para estudiar nuestra Universidad debemos comenzar por el examen de su naturaleza superestructural, para, en tal sentido, considerarla como una institución del Estado y en su función de propagadora de ideología, de formadora de técnicos y trasmisora de la herencia cultural. Pero no enfocando estos caracteres multiformes de un modo abstracto, sino partiendo del estudio de la sociedad en que se mueve, el grado de desarrollo y las exigencias de la misma, el tipo de sus relaciones económico-sociales y su carácter de clase.

¿Contradice al materialismo histórico este encuentro creciente de la Universidad con el pueblo?

Todo ello nos conduce a comprobar que su “ideal pedagógico” deberá corresponder a la idea de una clase dominante que desea formar con la “arcilla” del adolescente de hoy, el “hombre típico” de esta sociedad en el mañana.

Pero si esto es así ¿no caemos en contradicción? ¿Cómo comprender que las universidades se transformen cada vez más en un dolor de cabeza para las clases

(12) La definición de fuerzas productivas comprende a las herramientas y al hombre que las maneja, pero incluye desde los hábitos de trabajo hasta las capacidades técnico-culturales adquiridas.

(13) Sería muy interesante poder comprobar: a) el carácter y la función del docente desde la Edad Media hasta las universidades burguesas; b) cómo crece en dependencia del proceso social, la cantidad de personas dedicadas especialmente a esta tarea, y que a veces se continúa de padres a hijos.

(14) Empleo la palabra en la acepción de “conservar” un régimen determinado frente a las fuerzas de la revolución.

dominantes de estos países, y en uno de los centros espirituales y políticos de la conmoción antimperialista y democrática? Porque nadie alimenta dudas de que hoy se elevan con otros acentos y mayores honduras, con otra violencia y otras esencias, las voces que en 1918 lanzaron los reformadores de Córdoba, aquéllas sus palabras tan evocadoras: *"si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el sagrado derecho de la insurrección. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, la resonancia del corazón nos lo advierte, estamos pisando sobre una revolución"* (15).

En aquel instante los reformadores de Córdoba expresaban el ingreso de las capas medias a la Universidad, el proceso de desarrollo capitalista de estos países y entraban en contradicción con una Universidad que conservaba el pensamiento caduco de las rancias aristocracias, en verdad de las viejas oligarquías vacunas.

Hoy estas frases se cargan de otro contenido, expresan la contradicción de los universitarios, de los intereses avanzados de la educación y la técnica, y, en cierto sentido, de la propia Universidad como institución, con la estructura económico-social en crisis que la constriñe y la somete a la quiebra de un modo implacable, que la acicatea según los intereses del latifundio, la gran burguesía y el imperialismo yanqui, los que no toleran ya siquiera la tradición democrática, laica y nacional-reformadora sobre la cual matrizó la Universidad, en este siglo, el eje de su vida intelectual. Pero esa contradicción se enlaza con otra ideológicamente muy significativa, la que se origina por la radicalización de la pequeña burguesía que si bien choca con las propias fronteras de clase en que se mueve la Universidad conduce a una frecuente contraposición social y política de todo el proceso universitario con el régimen, pequeña burguesía radicalizada que cuestiona el poder como tal de las clases dominantes y transforma la institución —al amparo de las múltiples contradicciones que la corroen— en arena de encendida lucha de clases, y muchas veces en reflejo mediato de un pensamiento que si no es dominante en la Universidad es dominante en nuestra época revolucionaria. Me refiero a las ideas del socialismo científico, del comunismo.

A diferencia de Córdoba, la solución de los problemas de la enseñanza y de la cultura hoy tocan a la mano las directrices programáticas de una revolución nacional-libertadora. Y la propia ideología de las capas medias —especialmente de la intelectualidad avanzada y de la pequeñoburguesía radical— se va coloreando de un tinte socialista. Lenin advirtió en su tiempo el fenómeno de este "socialismo subjetivo" en las revoluciones asiáticas⁽¹⁶⁾. Desde este ángulo, si miráramos a nuestro país, veremos ello reflejarse en la voz grave del obrero sonando en el Paraninfo, en la enseñanza de la Cuba socialista proyectando en el aula el ardor de su estrella solitaria, en las ideas de la revolución que encienden su brasa en la blusa de las muchachas, en el pecho del estudiante, o inclusive se cuelean entre cautelosas e irónicas en la intimidad de la cátedra.

Pero veamos mejor esto. Insistamos. ¿No caemos en contradicción? ¿No invalida las ideas de Marx el auge avanzado de los universitarios? ¿Es que se equivocaron Marx y Lenin? ¿Es que ha triunfado la ilusión de trasfondo arielista de una revolución universitaria, de un cambio en la casa de estudios que al transformarse va a transformar luego a la sociedad, de una "Universidad revolucionaria" —quiste socialista en un régimen burgués-latifundista dominado por el imperialismo? ¿Es quizá la prueba por la vida de un posible cambio de la Universidad como postulan algunos muchachos desprendidos del anarquismo que alternan la utopía con la tozudez anticomunista y se empeñan en remar contra la corriente de la historia? No, Marx no falló, siquiera Alfredo Palacios que no era Marx y que no deseaba por cierto ser un revolucionario, y que ya lo había advertido en su obra acerca de la reforma universitaria a los portavoces estudiantiles del 18. Palacios escribía entonces: *"Mientras subsista el actual régimen social la reforma no podrá tocar las raíces recónditas del problema educacional..."*.

Claro está, Palacios luego traza las líneas con las cuales la Reforma debía conformarse, y esos objetivos son hoy asaz limitados: "depurar la Universidad

(15) Citado según el texto inserto en la conocida recopilación de C. del Mazo: "La Reforma Universitaria" (Círculo de Medicina, B. Aires).

(16) Lenin, "La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo", pág. 70. Ed. Leng. Ext., Moscú.

de muchos profesores burocratizados", permitir que accedan al profesorado "a todos los capaces de hacerlo, sin excluirlos por sus convicciones", eliminar el chovinismo y estimular la investigación y el sentido de la propia responsabilidad; contribuir a que la Universidad no sea, "como es en rigor en todos los países, como lo fue en la propia Rusia, donde se daba como en cualquier otra parte una intelectualidad avanzada que en la hora de la acción saboteó escandalosamente la revolución y fue una Bastilla de la reacción" (17).

Marx no se equivocó

No, Marx no se equivocó. Sólo una revolución social, democrática y nacional, prólogo de la revolución socialista, seguida luego por una revolución cultural, puede cambiar el alma de la Universidad al cambiar la esencia del régimen. Cambiarla en el ideal del hombre a formar, en las tareas culturales fundamentales, en la adecuación definitiva de la Universidad con el pueblo, en el contenido de la enseñanza, en la orientación didáctica, en los métodos pedagógicos, pero fundamentalmente en las fuerzas sociales que poblarán la Universidad como alumnos y profesores. Benditos sean la inquietud y la esperanza estudiantil que sigue enarbolando su ilusión de una Universidad para el pueblo, a fin de que el hijo del obrero asista al aula; pero entre su ilusión y la realidad se interpone la mano de los beneficios, de un régimen dividido en clases sociales, que determina que el hijo del obrero sea educado para obrero y sólo una parte infinitesimal de toda la clase pueda ascender a la Universidad y mucho menos salir de ella. Ninguna "revolución universitaria" traerá masivamente al obrero del Cerro a las facultades y menos aún al hijo actual del peón de tambo, de estancia, del arroz o de la caña. Pero ello no quiere decir que se deba vulgarizar el pensamiento de Marx, quitarle su "alma palpitante" la dialéctica, ajena a todo dogmatismo, y en dicha vulgarización encontrar campo para negar su pensamiento. De todos modos, que haya que ver el proceso universitario como una imagen especular de la clase dominante o más aún, como hacen ciertos trotskistas y adláteres, como una especie de traslación administrativa de las recetas ideológicas de las clases dominantes a cada aula, a cada cátedra, a cada texto universitario.

El planteamiento es simplista en cuanto a la captación de los fenómenos contradictorios, y a veces antagónicos, complejos y multilaterales que ocurren en la Universidad, pero a su vez, es de una tremenda indigencia teórica y táctica en cuanto a valorar el papel de la mayoría de los universitarios en el proceso de la revolución. Reduce la tarea de la revolución a la conquista ideológica de una minoría, en vez de comprender que esta tarea se inserta y se entrelaza con otra: la incorporación de la mayoría de los universitarios integrantes de las capas medias a la fuerza social de la revolución, como aliado del proletariado.

(17) Alfredo L. Palacios: "La Reforma Universitaria". Recopilación de trabajos de diversos autores, ya citada.

IV

LAS CONTRADICCIONES SON PROPIAS DEL PROCESO UNIVERSITARIO

Para comprender mejor todavía el carácter del proceso universitario es necesario insistir acerca de las profundas contradicciones que mueven y hacen de la Universidad, el teatro de una múltiple y ardorosa lucha social, cultural, económica, política, de una ardua lucha de clases.

A "grosso modo", con un riesgo evidente de esquematismo podríamos señalar aquí algunas de las principales contradicciones que minan la Universidad. La principal es visible: entre la línea matriz de su enseñanza, filosóficamente metafísica e idealista, desde el punto de vista moral, conformista o pragmatista, alternativamente profesionalista o libresca, sideral o *terre à terre*, y las urgencias intelectuales de la población universitaria, principalmente los estudiantes que la reciben, y en menor grado las de los profesores que la dictan o de los profesionales que egresan. Contradicción con la existencia social de toda esta gente que refleja las conmociones de la clase a que pertenecen y de la sociedad en que viven en su inquietud cultural, en sus necesidades económicas, en su expresión ideológica; que desdice en el momento actual del pensamiento de las clases dominantes y la acerca, en medio de confrontaciones ideológicas, al proletariado en el quehacer común de vencer al imperialismo, abatir las viejas oligarquías y alumbrar un mundo nuevo.

Y de este modo se traba en el seno de la Universidad una aguda lucha ideológica que rodea el aula, que empalidece la voz de la cátedra, y que salvo en materias técnicas es más fuerte para la conciencia de cientos de estudiantes que el texto o el apunte de pasar exámenes. Así se insertan en la casa de estudios las corrientes ideológicas que promueven la acción militante y la conmoción espiritual estudiantil, de profesores y otros. Esas corrientes ideológicas reflejan particularmente, la radicalización de las capas medias, el peso creciente de los sectores más avisores de la pequenoburguesía radical, avanzada de la Universidad, motor de sus conmociones y actualmente la cantera de cuadros que nutre las promociones universitarias más brillantes y combativas.

Un reflejo de la realidad nacional y latinoamericana y del carácter de la época

Esa aguda pugna social e ideológica trasunta la presión de la realidad nacional y latinoamericana, pero también el carácter de nuestra época. Y ello la vuelve tan interesante y a veces, hasta paradójal.

La hondura de la crisis de estructura de la sociedad uruguaya que promueve sus urgencias, sus interrogantes y que maltrata con dura mano el sueño del universitario; el temblor vertebral de la revolución latinoamericana y el impacto cubano que barrió tantas telarañas, que provocó tantos exámenes de conciencia; la irradiación de la revolución socialista mundial y del movimiento de liberación de los pueblos coloniales y dependientes, marcan las grandes coordenadas del debate. Empero, por éste producirse en la Universidad y por ser los contendores o dialogantes, estudiantes, docentes y profesionales —en su mayoría hijos de las capas medias— la pugna cobra proyecciones diversas. En primer término, se manifiesta como hostilidad contra los reductos de la reacción que todavía perviven en las casas de estudio, con vistas a extirparlos; en segundo término, se perfila como la voluntad de oponer la Universidad como tal a los poderes polí-

ticos de las clases dominantes burguesas y latifundistas y a su conciliación o entreguismo respecto a los imperialistas; en tercer término, se traduce en insatisfacción, en denuncia y aun en encendida disputa con las directrices ideológicas que aprisionan la enseñanza en las fronteras de lo permitido por el régimen burgués y, en cuarto término, se procesa como lucha ideológica dentro del mismo estudiantado y de algunas zonas de docentes y profesionales, como contradicción entre el pensamiento vacilante y confuso de la pequeñoburguesía radical o la ideología nacional-reformadora de la burguesía media, y la concepción marxista-leninista del proletariado, a la cual ya ha ascendido una influente porción de los universitarios. Esta contradicción abarca desde temas que tienen que ver con la organización de la Universidad y la democratización de la enseñanza, hasta los tópicos candentes —teóricos y tácticos— de la revolución uruguaya y latinoamericana. Esta fricción ideológica es parte del proceso general de “unidad y lucha” entre el proletariado y sus aliados, en el campo general de la revolución democrática de liberación nacional.

Por aquí también se puede hallar alguna explicación a la aparente paradoja de que en muchas universidades latinoamericanas, una de cuyas misiones es producir cuadros para las clases dominantes o intelectuales ideológicamente serviles al régimen, sea tan fuerte la irradiación del marxismo-leninismo y exista tan premioso hervor revolucionario. Es el signo de la época. El sistema socialista timbra el desarrollo histórico; la revolución de los pueblos coloniales y dependientes se consustancia o engrana objetivamente con el tránsito socialista mundial; las naves cósmicas —hoy suprema síntesis de la revolución técnica y científica— pasean por el cielo a la hoz y el martillo... ¿Quién puede sellar las puertas del aula o enclaustrar la cultura para evitar un contagio de la teoría científica del comunismo?

No se inventará jamás el muro que pueda detener una idea que exprese la dirección del cambio histórico.

La Universidad “infiltrada”, estudia poco y mal el marxismo-leninismo

Sin embargo, he aquí la dualidad del fenómeno. Esta teoría que preside la más grande mutación revolucionaria, es a la vez una triunfadora y una desconocida en la Universidad. Escasamente estudiada o tratada sin seriedad en tantas clases, a veces nunca leída en sus propias fuentes por el profesor, empero gana sus batallas en hombros de la vida. Resulta así, que el marxismo-leninismo, proscripito de la cátedra (¡aún hoy en esa Universidad poseída por los demonios rojos — como aúllan sus enemigos macartistas!), se cuela como un resplandor del mediodía por todos los resquicios; que el caricaturizado por el texto de filosofía, economía política y sociología esté presente, o sea testigo clandestino tras la avizora conciencia estudiantil, en cada aula, debate o investigación.

Pero este vigoroso fluir de la vida presionando en el ámbito ideológico no debe ocultarnos la mezquindad de su contracara. Por eso es bueno preguntarnos hasta dónde, a pesar del progreso general de la Universidad en los últimos períodos, de su papel notorio democrático y avanzado, de su desempeño en la vida política y social, se está reflejando todo esto en la cátedra o en la investigación. Yo creo que hay que responder: ¡mínimamente!

Es un vulgar fraude macartista la campaña que acusa a la Universidad de enseñar marxismo-leninismo o propagar comunismo por consecuencia de la famosa “infiltración”.

Por el contrario, si un cargo puede hacerse a la Universidad es su atraso en cuanto al estudio responsable de una teoría que no sólo interpreta, sino que está transformando el mundo. Y también a su insuficiente conocimiento acerca de los adelantos científicos y de la revolución cultural producida en un sistema —el socialista— que abarca casi el 36 % de la población de la tierra.

Con esta verificación crítica, no estamos pidiéndole peras al olmo, no le estamos reclamando a la Universidad —como sueñan algunos— que sea socialista, ni siquiera radicalmente popular dentro de un régimen social como el nuestro. Esta vez hablamos de conocimientos efectivos, de obligaciones de elemental probidad intelectual e información científica y de contemporaneidad de la enseñanza. ¿Quién puede pretender una relación verdadera y actual con la cultura, si prescinde del conocimiento del marxismo-leninismo, si renuncia a conocerlo en sus vertientes fundamentales, la filosofía, la economía política y el socialismo.

Por todo ello, nosotros que consideramos utópica la pretensión de una "revolución universitaria", de un cambio socialista de la Universidad, sólo posible a consecuencia de una revolución socialista, sin embargo comprobamos la agudizada contradicción entre la inquietud de la población universitaria y el carácter de la enseñanza impartida. Y esa contradicción —que en un sentido profundo se origina en el insuperable carácter de clase de la institución, se nutre también en un ámbito más restricto, de los retardos y prejuicios que distancian todavía más la enseñanza de los adelantos del desarrollo social y científico. ¡Y esa distancia sí, que puede reducirse! A este respecto, la Universidad por cierto está urgida de reformas y mudanzas.

Proximidad o mediatez de lo político-social en cada Facultad

Hasta me atrevería —consciente de los riesgos a que uno puede resbalar— a ejemplificar con algunas facultades, que por la naturaleza de la enseñanza impartida, exhiben más tajantemente estas contradicciones y discordancias. Y si no se puede hablar de ningún centro de enseñanza ajeno a las grandes y dilemáticas contradicciones que reflejan los desgarramientos actuales de esta sociedad, se puede sí, distinguir entre ellos según la materia que se enseña, es decir, según la mayor o menor inmediatez al problema político. A muy grandes líneas, se podría distinguir por ejemplo, facultades como Ciencias Económicas o Derecho, de muchas otras, donde la cuestión político-social aparece por otros caminos, bastantes veces en relación con las barreras que el interés de clase y la índole capitalista del régimen oponen al conocimiento científico, al avance técnico o la efectiva funcionalidad de las profesiones. En Ciencias Económicas, la sustancia de la enseñanza tiene que ver en el terreno teórico, con la *economía política*; en el plano histórico, con la *historia de la economía*. Derivado de estos grandes rubros, viene el estudio de la *política económica*, el llamado estudio de la "hacienda pública". En un plano más concreto —más estrechamente técnico— se estudia la posible rentabilidad de las empresas capitalistas y de sus costos.

Como ustedes saben, la economía política es la ciencia que estudia las relaciones de producción entre los hombres, las leyes de la producción, del intercambio y de la repartición de productos (Engels). Con razón, hablando de la economía en general, Lenin gustaba retener un concepto de Marx: *la política es "la economía concentrada"*.

¿Cómo creer, pues, que no va a manifestarse esta esencia política en las directrices teóricas y en las relaciones prácticas de una facultad cuya enseñanza nutre de cuadros a los ministerios, elabora una línea de pensamiento para tratar la crisis, o en un plano más variado, asesora la contabilidad de empresas (bancos, industrias, comercios, sociedades rurales, etc.) en general ramificadas y a menudo transeúntes sigilosas por los vericuetos de la ley? Aunque también es cierto —por las razones ya apuntadas— que sólo la minoría de sus egresados trepa hasta el "santuario íntimo de los grandes negocios" — como los nominara Robert Brady.

¿Cómo no haber contradicción entre una población estudiantil desplazada hacia la militancia popular y la situación de un centro de enseñanza del cual salen los "hacendistas" del gobierno y los ejecutores de "reformas cambiarias y monetarias" según recetas de FMI? ¿No es profundamente aleccionador desde el punto de vista teórico y político que, por otro lado, el "desarrollismo" se vuelva doctrina oficial y que sean hijos muy destacados de esta Facultad los que registren prolijamente las carencias del país, los guarismos documentales de la crisis de estructura, para arribar empero a conclusiones perfectamente compatibles con las relaciones de producción que originan esa crisis, y por lo tanto, también compatibles con el pensamiento de la burguesía conciliadora? ¿O es un fruto de la casualidad que las más variadas corrientes de la economía política —desde el economismo vulgar hasta el marginalismo u otras concepciones del subjetivismo— sean tratadas con más atención que Marx o que Lenin?

Se podría decir posiblemente lo mismo de la Facultad de Derecho, cuya materia principal consiste justamente en el estudio de las relaciones políticas y jurídicas, en el estudio del Estado y de sus leyes. Pero agreguemos: nuestra Facultad se llama además, de *Ciencias Sociales*!

En otras facultades donde la finalidad de la enseñanza es impartir primordialmente conocimientos y destrezas técnicas y especializar en ramas de las cien-

W

cias físico-naturales que habiliten para el ejercicio de determinadas profesiones, los problemas se plantean con características propias que agregan algunas contradicciones peculiares. Hemos venido insistiendo acerca de que es necesario distinguir siempre entre los problemas ideológicos y los científico-naturales que no son superestructurales. No pueden calificarse de superestructurales muchos conocimientos y destrezas profesionales del médico, del ingeniero, del arquitecto, del químico, del agrónomo, o del veterinario. Pero, y a simple título de esbozo, ya que no podemos internarnos en esta riquísima porción del tema, las cuestiones ideológicas se confunden y chocan con las otras, tanto en lo referente a las condiciones de la enseñanza, como en cuanto al ejercicio de la profesión dentro de la sociedad capitalista. Estas contradicciones —mejor dicho toda una constelación de contradicciones de índole social e intelectual— pueden señalarse por ejemplo, entre las tendencias técnicas avanzadas y el adelanto permanente en el terreno científico, y la insuficiencia de medios derivada del carácter de las relaciones de producción en un país de deformada economía capitalista y dependiente del imperialismo; entre el conocimiento informativo de las conquistas de la revolución técnica contemporánea y el carácter abstracto en ciertos aspectos de una enseñanza que escasamente puede basarse en la experiencia y en la investigación; entre la elevación relativa de la calificación profesional y una estructura social que la impide ejercer plenamente porque ni la industria, ni el urbanismo, siquiera la lucha contra la enfermedad, pueden escapar a las leyes de una sociedad cuya alma es la carrera por los beneficios; donde la utilización de la ciencia para el progreso social y el enaltecimiento humano están contenidos por la miseria de los más y el interés de clase de una minoría históricamente condenada, dueña de los medios fundamentales de producción. ¡Y ni qué hablar de los veterinarios y agrónomos en un país de latifundio, ganadería extensiva y crónica crisis agraria! (Si rastreáramos por aquí, podríamos hallar también el tema de la falsa plétora profesional, o el del estrechamiento de las posibilidades de trabajo y perfeccionamiento del universitario que egresa, y tras ellos, toda una serie de grandes problemas filosóficos y morales que conducen por un camino al pragmatismo sin escrúpulos y por otro a una ahincada labor profesional, doblada sin embargo por una postura crítica sin salidas, enraizada en amargo individualismo con mucho de desolación intelectual).

Oposiciones entre lo ideológico y lo científico, entre la cultura y el interés de clase, entre la Universidad y lo social, entre el profesional y el hombre...

Es que el conocimiento técnico-científico lucha, se enterevera y contradice con una ideología dominante que sólo puede servir a las clases dominantes, y a la que se puede adecuar sólo una minoría de usufructuarios, de sobornados o corrompidos. Pero también choca con las vacilaciones ideológicas de las capas medias de que provienen, adversas al régimen pero que en última instancia, por sí mismas, no pueden superar las fronteras del capitalismo que condenan. La lucha ideológica no es pues aquí, inmediata y gruesa como en economía o en derecho, pero es profunda y tenaz. Afecta a una concepción del mundo que quita perspectivas a la enseñanza, que dramatiza las posibilidades del mejor ejercicio de las profesiones. Por no superarla, ¡cuántos que egresan con pasión vocacional, con ánimo misionero, concluyen ceñidos por un sentimiento de frustración moral! Se alejan intelectualmente del pueblo, al que sin embargo profesionalmente sirven con responsabilidad, por ejemplo, junto a la cama del hospital. Este desdoblamiento sólo puede ser superado por una actitud crítica revolucionaria frente a las causas que lo generan. La revolución apuntando al cuadro social vigente enfoca a la vez, las raíces del conflicto personal. Es que al final de cuentas, las dimensiones individuales del drama no escapan a la disyuntiva que se afronta al egresar de la casa de estudios: explotador o explotado, ingeniero, dueño de una gran empresa o realizador de un trabajo complejo que lo aproxima al obrero, aunque a veces sea cómplice de su explotador. Podríamos abundar con ejemplos de otras profesiones (18).

(18) Agosti, en "Para una política de la cultura" escribe: "Los intelectuales viven en un mundo de contradicciones de clases, y su principal contradicción social (particularmente en ciertas categorías, como los escritores y los artistas, en grado menor los abogados y cada vez menor los

Es natural que todas estas diversas contradicciones se engranen y que sus consecuencias se procesen como reacciones en cadena.

Así, las limitaciones ideológicas derivadas del carácter de clase de la institución, traban su función de continuadora de la herencia cultural; las carencias presupuestales y también aquéllas surgidas del insuficiente desarrollo de la economía nacional, afectan las posibilidades de la información y de la investigación, entrando en conflicto con las misiones más específicas de las casas de estudio; pero a su vez, por ambos lados, se rebaja la calidad de la enseñanza, se la está retrasando respecto al progreso científico contemporáneo. Y ello se carga de hondas consecuencias sociales y aun individuales para docentes y para egresados.

"La Universidad, forma institucional que refleja en todas sus consecuencias la crisis misma de toda la sociedad"

La marcha de la Universidad a destiempo con el adelanto científico contemporáneo —exhibido ostentosamente por la revolución técnica— se conjuga con los retardos que su carácter de clase le imponen en relación a la revolución socialista y aun anticolonialista de nuestra hora. Son problemas que no pueden resolverse en el cuadro de esta Universidad, ni de este régimen social. La actual sociedad uruguaya se yergue como un muro contra el cual choca la inquietud científica, la dignidad del docente, el destino del investigador, la eficiencia de la Universidad en sus tareas fundamentales. Al plantearse en tono de interrogante sin respuesta el progreso de la ciencia y la calidad de la enseñanza, se está cuestionando la existencia misma de una sociedad que promueve tales preguntas pero que imposibilita la respuesta.

Maristegui advirtió certeramente que *"La Universidad es siempre la forma institucional en la que se refleja en todas sus consecuencias la crisis misma de toda la sociedad, es allí donde consiguientemente tiene que hacerse visible toda la situación real de la sociedad"*.

La crisis de estructura —es decir, el antagonismo cada vez más acentuado entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción— que está exhibiendo crudamente a las clases dominantes como una rémora al adelanto social y como un instrumento de abdicación de la independencia nacional y de la tradición democrática uruguaya, se vuelve crisis ideológica dentro de la Universidad, ya que cuestiona la pervivencia de este régimen no sólo a la luz del futuro, sino también desde el pasado.

La lucha por alumbrar un mundo nuevo se combina con la defensa de lo mejor en la historia nacional. Aquí militan y están presentes las condiciones democrático-burguesas institucionales, los principios del laicismo, del civilismo, inclusive las concepciones nacional-reformadoras propias de la burguesía nacional hoy insoportables para las clases dominantes, acorraladas por la marcha del proceso histórico.

El deber del revolucionario consiste pues, en situar el problema educacional como parte del cambio revolucionario de la sociedad; pero a la vez, bregar por la defensa de la Universidad atacada por la reacción, por la preservación de sus mejores tradiciones, por la defensa de su papel democrático en el proceso

ingenieros y los médicos) deriva del carácter individual de su producción, es decir, de su falta de integración en el sistema de producción capitalista. El capitalismo suele hacer de esto un mérito ideológico, una especie de "superioridad" o de "autonomía" social que muchos intelectuales aceptan buensamente, y hasta subliman en expresiones de fastuosidad que los presupone convertidos en miembros de una élite espiritual. Pero si queremos descubrir exactamente nuestro campo y nuestros medios, debemos percibir que entre toda esa literatura se desvanece la nota típica del trabajo intelectual dentro de las relaciones creadas por la economía capitalista. El trabajo intelectual es precisamente una de las categorías sociales que documentan la distinción entre trabajo "productivo" y trabajo "improductivo". La utilidad del trabajo intelectual, o su valor de uso para la comunidad, nada tiene que ver con la productividad que le asigna la sociedad capitalista, y ello constituye una de las monstruosidades antihumanas del régimen social en que vivimos; la productividad comienza en el instante mismo en que el trabajo intelectual produce ganancias al capitalista que lo compra" (pp. 14-16) Ed. Procyón, B. Aires, 1956.

nacional, por su adelanto técnico y pedagógico, por la más profunda democratización, en fin, por lo que podríamos llamar una política universitaria.

Por lo demás, cada avance de la Universidad por esta ruta acarreará un aumento de su contradicción con la estructura de esta sociedad y con el interés actual de sus clases dominantes ⁽¹⁹⁾.

(19) En un trabajo de los universitarios comunistas de Argentina —editado a mediados de 1965— que llegó a nuestras manos después de efectuada esta exposición, se distinguen principalmente y se analizan dos contradicciones en el proceso universitario: una de carácter político, otra, de índole pedagógica.

“La base de la contradicción política consiste en que no existe correspondencia, sino creciente antagonismo, entre los grupos que detentan efectivamente el poder político (oligarquía terrateniente y sectores del capital nacional vinculados al imperialismo) y el conjunto de estudiantes graduados y docentes, en relación al lugar que unos y otros ocupan en el proceso social de producción material e intelectual. Esta afirmación general no debe entenderse como excluyente de la indudable presencia de representantes de aquellos “factores de poder” en el seno de la Universidad.

La naturaleza de esta contradicción consiste en que no hay correspondencia, sino creciente antagonismo, entre los objetivos políticos y culturales de las clases gobernantes y el comportamiento real de la Universidad como órgano social. La Universidad aparece cada vez más nitidamente como un instrumento de fractura de la hegemonía cultural a que aquellos grupos dominantes aspiran.

El desarrollo de esta contradicción presenta una tendencia definida: la mayoría del estudiantado y de los graduados, así como gran parte de los docentes, expresa crecientemente el propósito de poner la Universidad al servicio de intereses nacionales concretos y de rechazar la presión que sobre ella ejercen los factores de poder”. (p. 14)

Al referirse a la contradicción pedagógica, los autores aluden al enfrentamiento entre la ideología dominante (de las clases dominantes) más la influencia del imperialismo, y la existencia de una población universitaria inclinada mayoritariamente hacia el lado democrático y patriótico. Pero “preferentemente” ellos destacan esa “contradicción pedagógica” “en el plano científico-técnico”; “entre los intereses objetivos de la gran mayoría de los docentes e investigadores y la concepción que algunos de ellos tienen sobre las relaciones entre el progreso científico-técnico y el desarrollo general de la sociedad”.

“...SI LA CONTRADICCION POLITICA OPERA PRINCIPALMENTE EN LAS RELACIONES EXTERNAS DE LA UNIVERSIDAD, oponiéndose a los intereses dominantes y acelerando el proceso de su inserción en la lucha democrática general, LA CONTRADICCION PEDAGOGICA ACTUA PRINCIPALMENTE EN EL ORDEN INTERNO de la Universidad oponiéndola parcialmente a las exigencias del progreso científico y frenando su contribución a la formación de una nueva cultura” (“La Universidad y la Revolución Antiimperialista”, Ed. Com. de Propaganda de la capital Federal, Partido Comunista Argentino)..

V

LA CRISIS DE LA ESTRUCTURA ECONOMICO-SOCIAL VA MADURANDO LAS CONDICIONES REVOLUCIONARIAS

En las contradicciones de la Universidad se manifiesta pues, la crisis generalizada de la sociedad uruguaya. Esa crisis desgarró el conjunto de las sociedades latinoamericanas aún sometidas al imperialismo, pero en las que afloran poderosamente las fuerzas de la superación. Al asalto de las estructuras caducas avanzan nuestros pueblos; algunos ya asedian la ciudadela del enemigo, otros se revuelven vigorosos pese a tener el torso cubierto de cadenas; unos más otros menos, todos participan en la vigilia de armas de la revolución.

En este marco social y económico, en el carácter estructural de la crisis y sus desencadenadas consecuencias políticas y sociales, se debe situar el problema de la Universidad en su conjunto y estimar particularmente el contenido histórico cualitativamente distinto de sus contradicciones. Este hilo conductor nos facilita comprender la directriz del proceso general; él también nos otorga un punto de vista certero a los efectos de la interpretación de los principales cambios del movimiento estudiantil y universitario en la última década.

Esta crisis no es idéntica a la del 18 ni a la del 30. Cuando hablamos de la actual crisis de estructura estamos definiendo las bases materiales de nuestra revolución; aludimos a los procesos que la tornan no sólo históricamente ineluctable, sino que la están erigiendo en obra cotidiana, en tarea de los hombres de este tiempo.

Por lo tanto, se cae en error cuando se valora el movimiento universitario —fundamentalmente el estudiantil— como una repetición de los mismos ciclos, en pos de parecidos mitos generacionales o como una recidiva de las insurgencias del 18 o el 30, o aun de la segunda guerra mundial y su inmediata postguerra.

El movimiento del 18 al 30 —su análisis ya es clásico⁽²⁰⁾— correspondió también a cambios en la base de las sociedades latinoamericanas que aceleraban el curso capitalista de su desarrollo. La pequeñoburguesía y la burguesía media de entonces —los hijos u otros descendientes de inmigrantes, agricultores, artesanos, talleristas o dueños de las nacientes fábricas más los intelectuales nutridos por una tradición democrática— formaron las filas de este notable mo-

(20) La definición del movimiento de Reforma Universitaria, de sus causas económico-sociales y políticas, es ya cosa juzgada, no existen dos opiniones. Coinciden los exégetas que lo evocan en una postura a-crítica, según una concepción idealista de la historia y los que ya entonces afrontaron, sudadamente, la tentativa de una interpretación marxista de este singular acontecimiento histórico iberoamericano. Julio V. González ("La Reforma Universitaria" en 2 Tomos, Ed. Sagitario, 1937, Buenos Aires) sitúa en la crisis de postguerra, en la irradiación de la revolución rusa (el mismo González escribe acerca del bolchevismo de un modo positivo, pero descubriendo en él una "agencia mística" propia al "alma rusa", pp. 161-179 del T. II) y en el ascenso irigoyenista, las causas y el clima de la Reforma. En su trabajo de 1932 (Revista "Cursos y conferencias", Buenos Aires —dirigida por Aníbal Ponce—) Agosti escruta las raíces de clase del movimiento a través de una compulsiva polémica de sus principales documentos. Vuelve sobre el tema en otros numerosos ensayos.

Mariátegui en sus "Siete Ensayos..." insiste —con citas de Julio V. González, J. L. Lanuza y M. Hurtado de Mendoza— acerca del papel de la pequeñoburguesía en el movimiento. Claro está, hoy se puede decir que en el movimiento participaron tres alas: una, de evidente definición nacional-

vimiento. En lo político apuntaban contra la hegemonía universitaria de las oligarquías latifundistas y comerciales; en el plano pedagógico pretendían adecuar la enseñanza superior a las necesidades del desarrollo capitalista, al incremento de la industria, al mejoramiento técnico de la agricultura y la ganadería, al ímpetu del capitalismo que avanzaba en las nuevas sociedades latinoamericanas pese a estar constreñido por el freno mulero del latifundio y el imperialismo.

Pero, el desarrollo del capitalismo no aparejó la destrucción del latifundio, ni la independencia económica de estos países; y ello trajo como consecuencia la actual deformación de sus economías, matriz de las contradicciones críticas e insolubles del presente.

Por su filiación social este movimiento de Reforma Universitaria llevaba en su seno la propia negación, el desgarramiento y el drama. Como ya lo dijimos, dio algunos cuadros destacados a la revolución socialista, pero éstos, al volverse comunistas expresaban de un modo dinámico el movimiento de Reforma, es decir, lo negaban, dialécticamente; recogían el aspecto insurgente del movimiento, pero lo superaban ideológicamente.

De un modo más natural, el movimiento halló un cauce en las corrientes de la burguesía media que emergían o se consolidaban en las primeras décadas del siglo. Su rama principal establecería puntos de contactos con el batllismo, el irigoyenismo, el liberalismo radical; aunque en algún país diera origen a vetas socialdemócratas o en el Perú llegara a ser trampolín de las falsificaciones apristas. Desde el punto de vista ideológico empalmó así con las ideas nacional-reformadoras por entonces en curso y hacia su cenit; como fenómeno político, pudo ser administrado en buena parte, por los principales partidos renovadores de la burguesía nacional. Pero también aquí el movimiento se fue deslizando hacia otras crisis, hacia nuevos desgarramientos. A largo plazo, éstos se procesarían como nuevas rebeliones frente a la índole claudicante de las transformaciones burguesas, mezquinas y autoimitadas en cuanto al latifundio y al imperialismo; en lo inmediato, esta objetivación política por los cuadros de la burguesía nacional —socialmente joven pero inepta ya para la jefatura de un cambio revolucionario— implicaría una cruel negación: no sólo porque abandonaba a la vera del camino la tremolante rebeldía estudiantil, sino y principalmente, porque defraudaba el planteamiento radical y jacobino del pequeñoburgués.

A pesar de las frustraciones que ello podía acarrear a algunas individualidades de entonces, esa línea principal correspondía en cierto sentido con el ascenso del capitalismo, con la presencia activa de la burguesía nacional, con las posibilidades de un manejo bastante amplio fuera del campo de la revolución. Y si bien los sectores radicalizados de la pequeñoburguesía universitaria entraban en frecuente colisión con los hombres o partidos que impulsaban la evolución

burguesa, otra —llena de matices— pequeñoburguesa, y una reducida —aunque rica en personalidades— influida por el marxismo y que finalmente se define como marxista-leninista. En el primero de sus dos tomos de "Retorno a la alborada", Raúl Roa relata —áldoroso testigo entonces, era uno de los adolescentes que el movimiento alucinaba— la "revolución universitaria de 1923" en Cuba. Escucha a Julio Antonio Mella:

"Aquella arenga abría sin duda, un nuevo capítulo de la vida cubana. La primera hornada de nuestra generación, violentamente sacudida por las revoluciones de la postguerra el despertar de los pueblos hispanoamericanos y la dramática situación de Cuba, afirmaba su decidida voluntad de derribar los "ídolos del foro" y de "trasmutar todos los valores". Su símbolo no era Ariel. Su símbolo era el Ángel Rebelde. Aquella hornada de nuestra generación no sólo pretendía dotar a la república de una Universidad a tono con el "nuevo espíritu" y con el progreso científico: aspiraba, además, a darle a la nación la perspectiva política, económica, social y espiritual que demandaban los tiempos. A partir de ese instante, la problemática cubana quedó planteada en términos antagónicos al tradicional fulanismo de moderados, liberales, conservadores y populares. Y comienza, con la vaguedad e inmadurez típicas de un pueblo sin economía propia, reducido socialmente a la servidumbre, sin educación política y espiritualmente desorientado, la pugna —todavía inconclusa— por la transformación de la estructura colonial de la república, que asumirá carácter inconfundible y singular estilo en el plano de las ideas, los objetivos y los métodos". (p. 234). P. González Alberdi ha sido uno de los que estudiaron con más detenimiento las causas económico-sociales de la Reforma. (Entre sus varios trabajos, recordamos "En alto la bandera de la Reforma Universitaria", Ed. Anteo, Buenos Aires, 1943). Y no es posible olvidar la labor de Giudice al respecto. En un interesante libro que leímos en 1958 o 1959, y con el que no volvimos a ponernos en contacto, Giudice investiga las relaciones entre los problemas ideológicos, científicos, técnicos y filosóficos en la Universidad.

burguesa de estos países, existían empero zonas extensas en lo político e ideológico que permitían las confluencias y coincidencias. ¿Cuántos dirigentes pasaron de las bregas estudiantiles a través de tales rutas, a fundar o encabezar las alas de izquierda de los partidos nacionales-reformadores? ¿Y cuántos siguieron luego el desplazamiento hasta la corrupción y el poder?

En Uruguay se ha procesado una evolución capitalista deforme

En el Uruguay, el período señalado correspondió a la elevación de la burguesía nacional al proscenio político con Batlle y Ordóñez; a la constitución y fortalecimiento de una importante industria liviana; a la formación de un sector estatal en la producción, el transporte, el crédito y los seguros de muy grande incidencia en toda la economía; a la extensión de las relaciones capitalistas al campo, a la conformación del régimen institucional democrático-burgués y a su consolidación con las notorias interrupciones siguientes al 31 de marzo de 1933.

En esta evolución que arranca del siglo XIX, se consolidan la burguesía nacional y el proletariado. Empleamos estas categorías en el sentido moderno, es decir como las clases fundamentales de la sociedad capitalista, aunque entonces el proletariado no fuere aún lo bastante fuerte —numérica y organizativamente, como desde el punto de vista ideológico— para disputarle a la burguesía nacional la dirección del desarrollo social.

A través de este período las concepciones nacional-reformadoras se volvieron ideología dominante.

No hubo pues, una revolución democrático-burguesa; hubo sí una evolución capitalista que en ciertos períodos llegó a un ritmo relativamente impecable, y que, en vez de destruir las relaciones agrarias fundadas sobre la propiedad latifundista las conservó y las fue adecuando con todos sus rasgos negativos, a las nuevas condiciones. Tampoco emancipó económicamente al país del imperialismo; el retroceso de las inversiones y de la ingerencia del Imperio británico, se acompañó por un crecimiento de la gravitación económico-política del imperialismo yanqui. En esta deformidad del desarrollo capitalista fincan las causas de la actual crisis de estructura.

Esta evolución cojitranca de la economía repercute en el plano social, en la fisonomía de las clases y en sus particularidades. Condiciona la formación de una gran burguesía enlazada estrechamente a los latifundistas; a ella pertenecen representantes de la industria, del capital comercial de exportación e importación y un núcleo de grandes capitalistas financieros, en torno a los cuales se congregan verdaderos intereses monopolistas. El desarrollo capitalista aburguesó al terrateniente y "territorializó" a ciertas capas de grandes industriales y comerciales. A través de los bancos se formó una red inextricable de intereses de los latifundistas, algunos grandes capitalistas de la industria, los propietarios del alto comercio intermediario y el capital extranjero, particularmente norteamericano. Simultáneamente se formó y concentró un fuerte proletariado industrial, del transporte y la construcción —más del treinta por ciento de toda la población llamada activa— y un proletariado rural que es más del tercio de la citada población del campo.

Una vasta pequenoburguesía urbana; una masa de pequeños campesinos y minifundistas (semiproletarios) superior a otro tercio de la referida población activa rural; una muy numerosa capa de asalariados del comercio, la banca y los servicios, y una burguesía media (nacional) cuantitativamente importante aunque relativamente débil en cuanto al peso específico de sus capitales comparados con las disponibilidades de la gran burguesía, pueden ofrecernos a muy rápidas pinceladas, rasgos para completar el retrato social del Uruguay que emergiera de este desarrollo deformado, del capitalismo.

A partir de la segunda postguerra acentúanse las contradicciones de la economía nacional

Ya al finalizar la segunda guerra mundial. Uruguay podía ser definido como un país industrial-agrario, si para esa definición se partía de las cantidades aportadas a la renta nacional por cada uno de los sectores de la producción. Pero

si situábamos el punto de observación en el mercado exterior se volvía ostensible la deformación del desarrollo económico y el nudo de contradicciones insolubles que esto aparejaba: la exportación seguía siendo de tipo monocultural, casi exclusivamente de productos originarios del latifundio ganadero. Y esta expresión del retardo en las relaciones agrarias era a su vez un espejo de la mantenida dependencia a los monopolios capitalistas internacionales, al imperialismo, particularmente el norteamericano. Este aspecto cobra mayor relieve, si advertimos que por la ausencia de petróleo y de buena parte de las materias primas de consumo industrial, y por la carencia de una producción nacional de maquinaria pesada, debe efectuarse en el extranjero el abastecimiento del poderoso sector estatal de la producción y el transporte y de gran parte de la industria liviana y los principales servicios.

La línea de atarse a las imposiciones norteamericanas en materia de comercio y orientación de la política exterior, asume en estas condiciones características letales. En torno al comercio exterior se fueron pues, anudando, las más agudas contradicciones de la economía nacional y se fue volviendo año a año más sensible la expoliación imperialista, más críticas las consecuencias de la succión externa de los frutos del trabajo nacional a través del comercio no equivalente, de los servicios de la deuda externa, de los altos beneficios extraídos por los inversores extranjeros.

¿Cómo podía Uruguay proseguir los ritmos de incremento industrial si una porción considerable de su renta nacional corría hacia el extranjero, si otra, también considerable, era absorbida por la renta agraria o por el despilfarro, el lujo insolente y el consumo parasitario de un puñado de grandes capitalistas y terratenientes?

Así el país fue perdiendo sus reservas de oro y divisas; así se fue endeudando fabulosamente; así se descapitalizó. Los resultados forman la actual situación: los déficit acumulados del comercio exterior y el desequilibrio irreversible de la balanza de pagos; la crisis agraria y el retroceso de la ganadería y la agricultura y, pese a este retroceso, la modificación de las proporciones que aportan los sectores industrial y agrario a la renta nacional, en favor del último. Síntoma éste, actual, de ostensible retrogradación.

No vale la pena enumerar lo demás: lo gritan los índices económicos y financieros que a diario se debaten en todas las tribunas.

Esta crisis que afecta toda la estructura económico-social está tocando fondo. En ella se enclavan las raíces de los procesos generales que abarcan y sacuden también a la Universidad. Es justamente al influjo de tales factores objetivos que han ido modificando su curso las luchas estudiantiles y populares.

A partir de 1952-55, la crisis de estructura comienza a manifestarse agudamente. Desaparecidas las condiciones que para las exportaciones de nuestro país y otros países de América Latina creara la agresión yanqui a Corea, la crisis económica nos golpea con dureza. El impacto de los fenómenos económicos cuyos signos premonitorios anunciaban en casi todos los países de Iberoamérica la realidad irreversible de las crisis de estructura, puso en tela de juicio también, en el ámbito continental, la política de las clases dominantes que habían atado su destino a la estrategia beligerante de los EE.UU.. Desde 1946 el chantaje atómico se había acompañado de la histeria anticomunista, de la exaltación de los "pactos hemisféricos" —jurídicos, económicos y militares. Este furor fue "in-crescendo" hasta la derrota yanqui en Corea; la otra cara del frenesí anticomunista era el saqueo sin cuento de nuestras riquezas y el establecimiento de tiranías sangui-narias y corruptas, o con un leve barniz constitucional, en casi todo el continente. Esta política entra en bancarrota por ese período. La explosión revolucionaria de Bolivia dirigida por la burguesía nacional, la instauración de un gobierno democrático avanzado en Guatemala y su apuñalamiento por los EE.UU., las conmociones que van sucesivamente derribando o haciendo tambalear las dictaduras implantadas y sostenidas por el dólar, el ascenso de las luchas obreras, democráticas, estudiantiles, anuncian junto con los índices económicos, la manifiesta crisis de la política de sometimiento al imperialismo yanqui y de complicidad con sus planes de agresión internacional, de las clases dominantes de nuestros países.

Sobre nuestro país ejercen su influjo los cambios mundiales

Los cambios en la correlación de las fuerzas entre los sistemas capitalista y socialista, en favor de este último, por entonces se manifiestan de un modo ostensible. Es la hora de los cohetes intercontinentales y los sputniks.

Maduraban las condiciones de una nueva etapa continental que tendría su punto nodular en la revolución cubana; Cuba inaugura una nueva hora anti-imperialista y trae a la vez el socialismo a América Latina.

El movimiento universitario registra profunda e inmediatamente tales cambios, en muchos aspectos de los cuales había sido uno de los participantes. Y esto ocurre también en el plano ideológico.

Comienza una etapa nueva: la crisis de estructura va madurando objetivamente las condiciones de nuestra revolución.

El crecimiento de las fuerzas productivas en agudo choque con las relaciones de producción sitúa el problema de la revolución democrática y liberadora en la vida práctica, entre las finalidades alcanzables para los pueblos de América Latina. El fracaso de la "Alianza para el Progreso" confesado por sus escépticos, es una advertencia y un diagnóstico. El mito desarrollista, las ideas de la gran burguesía conciliadora de un posible desenvolvimiento de la industria y de las fuerzas productivas a costa del estrangulamiento mayor del proletariado y de las masas trabajadoras con la ayuda del imperialismo yanqui, en última instancia desembocará en lo que está concluyendo, en un impotente y turbio sueño de las clases dominantes que caen aquí nuevamente en la utopía reaccionaria. No se pueden resolver los problemas básicos del subdesarrollo sin romper las caducas relaciones de producción: el latifundio que estrecha el mercado interno y sorbe a la producción capitales cuantiosos por medio de la renta agraria, el imperialismo, especialmente yanqui, que a través de sus beneficios extraídos de las empresas o de los servicios de la deuda pública, y a través del comercio no equivalente chupa la sangre del trabajo nacional, la gravitación de una gran burguesía que enlaza la posesión de la tierra y otras grandes empresas en un sistema de bancos que supeditan la producción, de una clase dominante que ya no tiene interés en el desenvolvimiento industrial del propio país porque no alcanza a la cuota de ganancias a que la han acostumbrado los períodos de auge económico. Y que por ello coloca especulativamente capitales en el extranjero.

Solo un cambio profundo, que rompa esas relaciones de producción, que abata el dominio de esas clases sociales, que lleve a las clases revolucionarias al poder podrá modificar en su raíz tal situación; y sólo por la conformación de una fuerza social de la revolución integrada por las grandes masas del pueblo, congregadas en torno a la alianza del obrero y del campesinado y con actores destacados en el medio intelectual, será posible transformar el país.

Desde el punto de vista nacional-democrático y no sólo del socialista, las formaciones políticas de las clases dominantes no pueden ofrecer soluciones atrayentes, como no pueden hacerlo desde el punto de vista técnico-científico; sin cambios profundos no hay respuestas de ocupación plena y avance profesional para el ingeniero, el arquitecto, el veterinario, el agrónomo, el médico, el universitario. Tanto partiendo de los problemas específicos de la Universidad, como de los problemas políticos-sociales del país, se arriba a la misma conclusión perentoria: el cambio revolucionario. Esta es la hora de América, el tiempo del Uruguay, la época tormentosa y feliz del mundo contemporáneo.

El grito de la calle irrumpe en las aulas

Por ello las masas estudiantiles que constituyen el alma de la Universidad encuentran sus propias reivindicaciones proyectadas como parte del programa de la revolución. Esta verdad se comprueba en las confrontaciones de fondo, como en las más relativas e inmediatas.

En cierto sentido, la magnitud de las cuestiones planteadas, el sentido objetivo revolucionario inclusive de ciertas movilizaciones limitadas, indican la presencia de la revolución en la vida del país. ¿Acaso las luchas presupuestales de la Universidad no se han insertado naturalmente en la batalla nacional, en contradicción violenta con la política de las clases dominantes? A esta luz, principios

N democráticos burgueses como la autonomía universitaria se vuelven instrumentos de la revolución. La dialéctica del desarrollo histórico —decía Lenin— determina que las instituciones democráticas que en un instante montara la burguesía, se vuelvan contra ella y sean tomadas por el pueblo al servicio de la revolución.

Esto posibilita que en ciertas condiciones la Universidad sea baluarte de las fuerzas avanzadas; que se debilite la función formadora burguesa de la enseñanza universitaria; que aumente la contradicción de la Universidad con las clases dominantes, en la acción política, en las necesidades técnicas, en los fondos que quita a la represión. Paralelamente la vida misma va inscribiendo los puntos científicos y culturales en la temática general de la revolución.

Ya las grandes movilizaciones del 56 al 58 que culminaron en la Ley Orgánica de la Universidad anunciaron este otro contenido. Volvían a resonar las palabras de orden de la reforma, pero sólo se parecían a ella en la ilusión de una Universidad abierta al pueblo sin efectuar antes una revolución. Como en la frase de Heráclito, ni el río ni el hombre son ya los mismos. El río mundial, latinoamericano y uruguayo era otro. Corría con otras aguas y otra madurez revolucionaria. Y el adolescente uruguayo estaba en otra situación social y bajo otros impactos ideológicos.

Todavía las corrientes terceristas, dominaban el ideario universitario. No obstante, al producirse las manifestaciones del 58, la presencia de los obreros junto al caudal estudiantil, fue limando los rasgos anticomunistas consustanciales a la llamada "tercera posición".

Ello obedecía a causas diversas que se harían más evidentes luego de la victoria cubana: en el plano nacional, los cambios que se produjeron en el movimiento sindical desde 1955; en el ámbito continental la agudización de la crisis desde 1952 y el crecimiento de la ola revolucionaria; en la arena internacional, el ascenso de la influencia del sistema socialista y la descomposición del sistema colonial del imperialismo; todo ello contribuía a que nuevas tendencias a la unidad del pueblo se manifestaran. La precipitación de los índices críticos de nuestra economía desde 1956 y el desplazamiento social y político que facilitaría la irrupción nardoniana y ubede en el terreno electoral y pondría fin a la sucesión de gobiernos batlistas, evidenciaron bruscamente la profundidad de la crisis de toda la estructura social.

En las elecciones de 1958, tras la apariencia de una alternativa fatal entre los partidos tradicionales, de una confirmación aparente de éstos, se evidenciaba en verdad, de un modo refractado y confuso, el cuestionamiento por la vida de estas configuraciones políticas, tan cuidadosamente protegidas por la maraña de la ley electoral a efectos de conservar las definiciones dentro del marco de las clases dominantes. La crisis que corroía las bases de la sociedad comenzaba a poner en tela de juicio la superestructura política y jurídica, simbolizada en el bipartidismo. Y por esa interrelación de factores nacionales y continentales, la celebración nardoniana y ubede de fines del 58 tuvo su contrapeso inmediato y su convidado de piedra, en el amanecer del 59 con la entrada de Fidel Castro a La Habana. En el plano interior, la crisis implacable siguió su curso.

La realidad se seguiría burlando de quienes primero cultivaron la ilusión ligera al ver las masas en la calle en octubre del 58, para luego escarnecerlas en noviembre del mismo año al conocerse el escrutinio electoral.

Empero si se observaba el proceso en profundidad, se podía advertir que las manifestaciones de octubre del 58 abrían una etapa de gran importancia.

Entonces —desde 1955-56— el movimiento sindical uruguayo empezaba una etapa y ¿por qué no decirlo? nuestro Partido audazmente se fundía en las masas, apenas convaleciente de una aguda crisis que lo habían paralizado durante un largo período. Reverdecían allí como un árbol en primavera las consignas del 18, ¡obreros y estudiantes! Pero eran otras condiciones. ¡Eran las mismas palabras pero eran otras las consignas! Y se siguió avanzando, y esa consigna se transformó en el movimiento de hoy, en la unidad de obreros y estudiantes con otro contenido.

¿Quién puede tener "saudades" de 1958 en 1965? ¿Quién puede plantearse como "tarea" volver a 1958 y saltarse las luchas por Cuba, la conmoción universitaria, la unidad y desarrollo del movimiento obrero, la maduración revolucionaria del estudiantado universitario? ¿Quién puede creer que su "tarea" es la vuelta del carro de la historia? Así parecen añorarlo algunos empeñados en revitalizar el tercerismo y andar de espaldas al tiempo que corre.

En el plano ideológico, el tercerismo expresaba un doble fenómeno, la inquietud antimperialista de las capas medias pero aprovechada a veces por las clases dominantes, torcida a veces por otras corrientes, refractada por la confusa teoría que pretende la victoria de una revolución latinoamericana opuesta al sistema socialista mundial. Pero cuando no se habían extinguido todavía los ecos de la arenga tercerista, Fidel Castro nos vino a demostrar que la revolución latinoamericana era una revolución que integraba a Cuba al sistema socialista, que expresaba la unidad objetiva de la revolución latinoamericana con el sistema socialista mundial, e indicaba que la revolución democrática y antimperialista que quería culminar su curso debía transitar obligatoriamente por los caminos señalados por el proletariado, llegar hasta sus últimas consecuencias y transformarse en revolución socialista.

Tampoco en lo internacional nadie puede evocar nostálgico el pasado. Ha crecido el papel de la revolución socialista, ésta extendióse a nuevos estados. En Latinoamérica, esa gran llama revolucionaria que Cuba avivó con su ejemplo, estremece el Continente y arde en formas diversas de combate. Es el ardor del guerrillero guatemalteco, venezolano, colombiano o del Perú, es el combate en la clandestinidad, es el despertar de las grandes masas, es una revolución que está empleando todas las formas de la lucha, las pacíficas y las armadas, las propagandísticas y las violentas, la labor clandestina con las formas legales, el parlamento y el fusil; es la revolución que ofrece el muestrario vivo de los caminos del pueblo de acuerdo a las circunstancias, al terreno en que el enemigo plantea la lucha, a las posibilidades del triunfo.

¿Cómo han crecido y se han acumulado también en nuestro país, las fuerzas de la clase obrera y el pueblo! ¿Quién puede decir, a pesar del triunfo ubedista del 62, que es indiferente a los evidentes adelantos del proceso de la revolución, al espectáculo del estudiante unido al obrero, a la unificación de la clase obrera en su Central, al frente común de la Convención Nacional de Trabajadores, del Congreso del Pueblo, al estrangulamiento de la ORIT, al nacimiento de una nueva conciencia, a la incorporación del empleado público a la vida gremial, al agrupamiento de obreros y empleados de los entes autónomos, a la frecuencia de la huelga política, de la pugna reivindicativa, solidaria, de las demostraciones y los paros generales por Cuba o contra el golpe de estado?

Qualquiera que no sea miope o que no cierre deliberadamente los ojos podrá ver que la revolución transita en lo profundo de nuestro pueblo, aunque no haya alumbrado todavía una plena madurez ideológica en la mayoría de la clase obrera, aunque todavía no se traduzca en fuerzas capaces de trastocar el proceso social y de llevar el pueblo al poder.

VI

LA CUESTION NACIONAL-COLONIAL EN NUESTRA EPOCA

Y esto tiene que ser así. Vivimos una época revolucionaria y ella se desarrolla en medio del agudo combate, de la lucha antagónica y tremenda entre un mundo que nace y un mundo que muere, entre al pasado y el presente. Vivimos la confrontación definitiva entre el viejo mundo de la opresión de clases y nacional, que se acerca a su fin orlado por el terror, la amenaza de guerra, los manotazos sangrientos en Viet Nam, Santo Domingo y otros lugares, y la solución de la nueva e irreductible realidad revolucionaria cuyo centro es la insurgencia de la clase obrera y los pueblos oprimidos y la construcción del socialismo y el comunismo.

La revolución socialista caracteriza nuestro tiempo. Lenin nos ha legado una norma para definir el contenido de cada época de la historia. Consiste en la determinación de la clase que expresa la tendencia principal del desarrollo social en un periodo dado, que preside el proceso de las transformaciones fundamentales. Esa clase social es hoy la clase obrera, protagonista de la revolución socialista, constructora del socialismo y el comunismo, gobernante en un sistema de estados que influye poderosamente todo el proceso histórico contemporáneo; clase obrera a cuyo lado y bajo cuya dirección caminan todos los oprimidos, los "condenados de la tierra". La revolución rusa inauguró esta nueva época, la era de la revolución socialista.

Marx y Engels que vivieran durante las revoluciones del siglo XIX, pensaron que el socialismo triunfaría en los países más adelantados desde el punto de vista capitalista, y que ello ocurriría por una sola explosión revolucionaria, por actos prácticamente simultáneos que incendiarían Europa. Empero, el pasaje del capitalismo a su estadio supremo, el imperialismo, ofreció otra perspectiva. Lenin, continuador de Marx y Engels, estudió científicamente esta etapa del capitalismo y previó con acierto el derrotero. En vez de un acto revolucionario único, la revolución cubriría todo un rico período de la historia. El tránsito del capitalismo al socialismo iría sucediéndose a lo largo de una época; la revolución socialista tendría lugar no en el país donde más alto fuese el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, sino en aquellos puntos del sistema capitalista — históricamente maduro en su conjunto para la revolución — donde éste fuera más débil. Así, la clase obrera al frente de todos los explotados y oprimidos iría fragmentando los eslabones más frágiles de la cadena internacional del sistema capitalista e iría edificando el nuevo régimen social, aun antes de la destrucción general del capitalismo, aun perviviendo el imperialismo y el capitalismo en gran parte del planeta.

La Revolución de Octubre, jalón entre dos épocas

Ese pasaje comenzó con la revolución rusa de 1917; allí la vida confirmó la previsión de Lenin. Esta se materializó en la realidad contemporánea donde simultáneamente se confrontan, coexisten y luchan dos regímenes sociales incompatibles: el socialista y el capitalista. En la superficie del planeta se exhibe la dualidad esencial de nuestro tiempo: es una época donde se construye y crece

una nueva sociedad, pero donde paralelamente la revolución avanza en forma sistemática, demoliendo las viejas relaciones económicas y políticas.

Y si de los campos de la primera guerra mundial una sexta parte del mundo fue al socialismo, de los campos de la segunda guerra mundial y de la inmediata postguerra, pese a la guerra fría o caliente y a la amenaza atómica imperialista, el socialismo se extendió sobre la tierra: del Elba al mar de China, desde Viet Nam y Corea hasta Praga. Se formó un sistema de estados socialistas. Luego, cuando la crisis general del capitalismo entra en su tercera etapa en la década del 50, el socialismo se extiende a América con la proeza cubana. Y, a la vez, el peso del sistema socialista y su apoyo, influyen para que los pueblos políticamente recién liberados —tal como algunos pueblos africanos— busquen su propia ruta al socialismo, la superación de las condiciones nacional-burguesas de las revoluciones.

Junto a este cauce fundamental socialista, caracteriza nuestro tiempo una segunda gran revolución, la de los pueblos coloniales y dependientes.

Esta revolución se ha ido extendiendo en o'a poderosa por Asia, Africa y América Latina, los continentes expoliados nacional y socialmente por el imperialismo, integrados por estados hasta ayer coloniales, semicoloniales y dependientes. Como fruto de esa gran marea revolucionaria —facilitada por la victoria de la Unión Soviética en la segunda guerra mundial y la formación del sistema de estados socialistas— numerosos pueblos de Asia y Africa han logrado la independencia política, constituyéndose en estados nacionales independientes, y en otros prosigue la dura y sacrificada lucha. En América Latina tales estados emergieron en general, a lo largo del siglo XIX; aquí la lucha nacional-liberadora es, en toda etapa, inseparable de la conquista de la liberación económica del imperialismo, especialmente del norteamericano, opresor y verdugo principal de nuestros pueblos.

En un mismo proceso se dan diversas líneas de desarrollo

Empero, dentro de este gran proceso revolucionario de los pueblos coloniales y dependientes, se han marcado desde un comienzo dos líneas principales de desarrollo. Una, la de aquellos países —tales el caso de China, Viet Nam y Corea— donde la revolución antimperialista y agraria, dirigida por la clase obrera, se transforma rápidamente en revolución socialista o que apunta hacia el socialismo. Con todas sus peculiaridades, la revolución cubana cubre un recorrido históricamente similar. La otra, la de numerosos estados que se hallan en la primera fase de la revolución aunque muchos de sus dirigentes —tal el caso de destacados gobernantes africanos— afirmen su voluntad de ir hacia el socialismo.

Cuando se enfoca esta complejidad del curso de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes se manifiestan habitualmente dos puntos de vista en el comentario periodístico o en la tentativa de teorizar tales procesos. En verdad, ellos traducen dos concepciones, dos maneras de concebir esta revolución, que en última instancia obedecen a enfoques clasistas diferentes. Dicho de otro modo, se puede estimar histórica y políticamente esta segunda gran revolución de nuestro tiempo, como la veía Lenin o como sueñan todavía algunos que creen en la posibilidad de un "tercer mundo" separado de la puja mundial entre capitalismo y socialismo. Lenin veía la revolución de los pueblos coloniales y dependientes como una parte, como un aspecto de la revolución socialista mundial. La revolución en la época del imperialismo, decía Lenin, no se producirá única o principalmente, como acción de la clase obrera en los países más avanzados, sino como coincidencia objetiva e inclusive como unidad de este proletariado con el levantamiento de los pueblos oprimidos de toda la tierra. La revolución socialista es así el punto de unidad histórica de todas las revoluciones del período del imperialismo. Y Lenin, gran estratega, llega a proclamar que la consigna del *Manifiesto*: "*Proletarios de todos los países, uníos*", siempre vigente, era menester extenderla o acompañarla de otro lema internacional: "*Proletarios y pueblos oprimidos del mundo, ¡uníos!*"

Por esta ruta ha ido transitando la revolución socialista. En verdad, de la reunión de las tres principales vertientes de la revolución — el sistema socialista, el movimiento de los pueblos coloniales y sometidos o recién liberados y la clase obrera de los países imperialistas— depende hoy la celeridad del giro de

los acontecimientos, la dilucidación de los problemas cardinales de la hora, las cuestiones de la paz y la guerra, de la revolución socialista y del entierro definitivo del colonialismo. Y ello ilustra la genialidad del pensamiento de Lenin.

Lenin veía en la revolución de los pueblos coloniales y oprimidos por el imperialismo, un movimiento que había que valorar históricamente, que no podía considerarse de la misma manera en las distintas épocas. Primero, porque era propio de esos pueblos el problema nacional. Y la cuestión nacional no se podía considerar de la misma manera en el período de las revoluciones burguesas o en el ascensional del capitalismo cuando la historia planteaba a la burguesía la tarea de la formación de las naciones, la constitución política de los estados nacionales, que en la época del imperialismo cuando el problema nacional se vuelve antes que nada *cuestión nacional-colonial*, promoviendo la emancipación de los pueblos coloniales y dependientes de la dominación imperialista.

Pero esta misma *cuestión* que ya se categoriza como nacional-colonial, adquiere otra dimensión histórica en la época del socialismo. Luego del triunfo de la revolución rusa y la división del mundo en dos campos sociales antagónicos, Lenin escribe en sus célebres tesis del II Congreso de la Internacional: no se podía comprender nada de la lucha de los pueblos oprimidos y dependientes si no la situamos en el marco de este antagonismo básico, de la contradicción fundamental de nuestro tiempo entre capitalismo y socialismo.

Pensaba Lenin acaso, que la revolución de los pueblos coloniales y dependientes era una simple porción adjetiva de la revolución socialista? O desde otro ángulo: ¿que ésta debía adquirir automáticamente un contenido socialista? No, Lenin advierte que se han creado condiciones nuevas en la historia; el papel internacional del sistema socialista permitirá la insurgencia acelerada de los pueblos oprimidos, la derrota del imperialismo y la sucesiva erección de estados nacionales independientes. Claro está, la revolución nacional e inclusive la formación de esos estados se suman objetivamente a la revolución socialista al socavar las bases del imperialismo mundial, al confluir su caudal poderoso al río central de la historia, la revolución del proletariado. Pero a la vez, la presencia y ayuda del socialismo —de la clase obrera en el poder— les iba a otorgar garantías de victoria y la posibilidad de acceder a las etapas más altas del desarrollo social.

En segundo término, estas revoluciones, además de su definición en pro de la independencia nacional, es decir, anticolonialista, mantienen en general como consecuencia del atraso social, un carácter antifeudal, democrático, de lucha contra el latifundio y las viejas castas, etc.. Por esta base objetiva, propia de países a regiones de débil desarrollo capitalista, a veces siquiera entrados en la etapa capitalista, tales revoluciones tienen un carácter objetivo diferenciado respecto a la revolución socialista y obligatoriamente deberán cubrir determinadas etapas. Tampoco aquí pueden ser ya consideradas como revoluciones democráticas de tipo clásico: tienen lugar en la época del socialismo, cuando ya el proletariado actúa —según sus ideas internacionalistas— no sólo en la entraña de las potencias imperialistas, sino desde el poder, conquistado éste en gran parte del mundo.

Al iniciarse la época del imperialismo, Lenin había previsto que el proletariado podía definir con su intervención el triunfo de las revoluciones democrático-burguesas, su desarrollo consecuente y su pasaje sin interrupciones a la revolución socialista. En vísperas de la revolución de 1905, los bolcheviques previeron que en la época del imperialismo, el proletariado —en alianza con los campesinos y demás sectores trabajadores— se debía poner al frente de la transformación democrático-burguesa, determinando por su actuación hegemónica la continuidad del proceso revolucionario hacia el socialismo. En la época del socialismo esta tesis se enriquece y se ensancha, porque se encuadra dentro de una situación internacional marcada por la influencia ideológica y la acción práctica del sistema socialista a la que nos hemos referido.

Hacia el gran torrente de la revolución socialista

En la vida, en el cambiante curso revolucionario de nuestro tiempo, se anudan en una sola y armónica teoría de la revolución socialista internacional, las tesis de Lenin acerca de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes, del papel del proletariado en las revoluciones democráticas y democráticas de liberación nacional, y de la unidad histórica de todas las revoluciones de esta

época con la revolución socialista internacional. Así como de la necesaria ubicación de los problemas de todas las revoluciones de diverso carácter, de esta época, en el cuadro del antagonismo fundamental entre el socialismo y el capitalismo, confrontación definitiva y definitoria de todos los procesos materiales e intelectuales contemporáneos.

Nuestro tiempo ha vivido todo esto, lo ha vivido en el cuadro mundial ya que la rebelión de los pueblos coloniales y dependientes se ha ido sumando (a pesar de sus manifestaciones nacionalistas o que a veces a su frente han estado reyes o jefes de tribu) al cauce común de la revolución socialista. Objetivamente, al socavar las bases del imperialismo aceleran la victoria definitiva del socialismo.

No queremos decir, que para los representantes del proletariado, para los partidarios del socialismo sea lo mismo que algunas de estas revoluciones deban quedarse en la etapa de la monarquía, conservar las viejas estructuras atrasadas, o avanzar audazmente hasta el cumplimiento final de sus objetivos democráticos y su transformación en revolución socialista.

En este doble planteamiento, en esta opción, reside en realidad el proceso de unidad y de lucha ideológica entre el proletariado, las capas medias o la burguesía nacional dentro del mundo colonial y dependiente. Para el proletariado, la revolución nacional es un estadio obligatorio de la emancipación del imperialismo, cuyo carácter emana de las condiciones objetivas, pero es sólo una etapa hacia la revolución socialista, el primer tramo de esa revolución. Para los representantes de las corrientes nacionalistas los objetivos de la revolución tienen por fronteras, la primera etapa: la emancipación política, el advenimiento de un estado políticamente independiente, el probable desarrollo burgués de la sociedad. Esta limitación clasista de sus objetivos predetermina sus inconsecuencias y vacilaciones; temen conducir hasta el fin la lucha por los objetivos democráticos y nacionales porque ello los conduce al propio umbral de la revolución socialista.

Pero en el mundo de hoy, la historia está planteando dilemáticamente el problema de las vías del desarrollo social: *capitalismo* o *socialismo*, y a este dilema no pueden escapar las revoluciones de los pueblos coloniales y dependientes. Vemos inclusive, que países cuya revolución se iniciara por movimientos nacionalistas o cuyo proceso social corresponde a formaciones precapitalistas, se van transformando con la ayuda del sistema socialista mundial, en el cuadro de este tiempo y bajo la irradiación del marxismo-leninismo. Y con ellos se van transformando algunos de sus dirigentes que se elevan a una nueva conciencia teórica y buscan la senda del socialismo.

Concebimos pues, la revolución antimperialista y democrática como el prólogo obligado de la revolución socialista.

La experiencia cubana es bien ilustrativa. Esta revolución se inicia como una revolución democrático-nacional, pero transita velozmente hacia el socialismo por el doble proceso de la ayuda del sistema socialista y de la elevación de sus líderes a la inteligencia del conjunto del movimiento histórico, el marxismo-leninismo.

Las etapas de la revolución uruguaya

Trasladado este ejemplo al Uruguay permite ilustrar nuestra concepción del proceso histórico. Por la realidad histórico-social del país nuestra revolución tiene que plantearse aún tareas nacional-liberadoras y democráticas, tareas antilatifundistas y antimperialistas. Pero por el grado del desarrollo capitalista del país estas tareas apuntan simultáneamente contra la gran burguesía financiera, comercial, industrial y bancaria, etc. que funde sus intereses con el imperialismo, que se enlaza con los grandes terratenientes y forma lo que habitualmente llamamos la oligarquía. Estas tareas de la revolución no son antifeudales, sino anticapitalistas. El grado del desarrollo capitalista del país que conlleva la presencia de un proletariado fuerte y concentrado y algunas peculiaridades de su conformación económica, ⁽²¹⁾ hacen prever un carácter avanzado de nuestra revolución. Y su rápida y posible evolución socialista.

(21) Por ejemplo, el gran peso del sector estatal, la importancia de las explotaciones agrarias de base moderna (en la ganadería, la granja y aun en la agricultura) etc.

La burguesía nacional, aquel sector de la burguesía media cuyos intereses se contradicen en el mercado interno con el imperialismo, que son estrujados por él y por la gran burguesía, los bancos y el latifundio, objetivamente choca con la acción del imperialismo. Empero no puede ser ya la clase dirigente de la revolución. La aguda lucha de clases que divide al país, el desarrollo del movimiento obrero, la hora histórica, determinan que la clase obrera —unida al campesinado, agrupando en su torno a las capas medias, ganando a una parte de la burguesía nacional y neutralizando en lo posible a otras de sus partes— sea la fuerza social hegemónica de la revolución.

Por las características económico-sociales de nuestro país —las condiciones materiales— y, en particular, por el grado de desarrollo de la clase obrera, concebimos la revolución uruguaya como un proceso que obligatoriamente recorrerá dos fases, una ant imperialista y agraria, otra socialista, pero entre las cuales no podrá existir una pared divisoria. La revolución aparece así como un proceso ininterrumpido, como un solo recorrido histórico a través de dos tramos delimitados por las tareas fundamentales a cumplir por las clases y capas sociales revolucionarias. Lenin repitió muchas veces que no existe una muralla china que separe en compartimientos estancos estas etapas de la revolución; las premisas de la transformación socialista se establecen en todo el curso revolucionario: en el plano material por el carácter radical —“hasta el fin”— de las realizaciones democráticas y ant imperialistas, en el plano político-social por el papel que el proletariado y los sectores más avanzados desempeñen en la revolución.

Una etapa de la revolución transita naturalmente hacia la otra a condición de que al frente de la revolución esté la clase obrera, y que las fuerzas motrices de la revolución, las clases y capas sociales que forman el pueblo, tengan por base a las fuerzas más avanzadas, en particular la alianza del proletariado y los campesinos.

El papel del proletariado y de su Partido Comunista en la revolución y su aptitud para contribuir a forjar el frente de liberación, el órgano de unidad de las masas populares, la fuerza social ejecutora de la revolución, predeterminarán su desarrollo. Cuando los procesos revolucionarios objetivos maduran, la responsabilidad de la vanguardia comunista se agiganta ante la historia. A ella le corresponde encabezar la revolución y ser la gestora empeñosa de la condición primordial de la victoria, la unidad del pueblo, la edificación del frente de liberación. Estas obligaciones, exigen elaborar un programa que posibilite la unidad popular y una estrategia acorde con tales postulados programáticos, que ofrezca la perspectiva revolucionaria para toda una etapa, y delimite qué clases sociales pueden desempeñar un papel activo o potencial en la revolución; y reclama luego una táctica adecuada.

La táctica revolucionaria debe ser clara y concreta. La determinan no sólo los objetivos de la estrategia sino muy especialmente, las condiciones concretas del desenvolvimiento político, de la correlación de clases; de las posibilidades del movimiento revolucionario, evaluadas éstas cuidadosamente y responsablemente, en cada momento y no de una vez para siempre⁽²²⁾. La táctica se objetiva fundamentalmente en la conducta política del Partido de la clase obrera. Y la política, —según Lenin— es “el arte de lo posible”.

(22) En “CARTAS SOBRE TACTICA” escribe Lenin: “El marxismo exige de nosotros el análisis más exacto, objetivamente comprobable, de la correlación de las clases y de las peculiaridades concretas de cada momento histórico. Nosotros, los bolcheviques, hemos procurado siempre ser fieles a esta exigencia, indiscutiblemente obligatoria desde el punto de vista de la FUNDAMENTACION CIENTIFICA DE LA POLITICA”. Y agrega Lenin refiriéndose a las “fórmulas”: “En el mejor de los casos, sólo sirven para trazar las tareas GENERALES, que cambian necesariamente de acuerdo a las condiciones económicas y políticas CONCRETAS de cada FASE particular del proceso histórico”. (El subrayado del último párrafo pertenece a Lenin).

VII

ALGUNOS ASPECTOS TEORICOS Y POLITICOS REFERENTES A LOS CAMINOS DE LA REVOLUCION

De estas consideraciones de índole general partieron los últimos congresos de nuestro Partido, tanto para definir el carácter de nuestra revolución y los lineamientos programáticos que a ésta corresponden, como para establecer, sucesivamente, el momento político, es decir las direcciones tácticas principales que deberán regir nuestra actividad.

De la definición primera, de un sentido más permanente —*carácter de la fase revolucionaria y postulaciones programáticas acordes con tal base objetiva*— deriva la fundamental tarea estratégica de la revolución uruguaya, *la formación del frente de liberación nacional*. No denominamos así a una coalición política circunstancial, sino a la unión de todo el pueblo, encabezado por la clase obrera; a la constitución de la fuerza social capaz de llevar a cabo la revolución. Su conformación se confunde, pues, con el proceso de las luchas populares y nacionales; y si bien es posible señalar de antemano las clases y capas sociales que potencialmente pueden integrarlo, su formación definitiva corresponderá al curso de los combates, a las particularidades del desarrollo de la lucha de clases. Por lo tanto, es artificioso si no ridículo, todo intento de acuñar una fórmula —de carácter universal, o tomada de éste o aquel país— para luego vaciar en ella como en un molde, el contenido rico y multiforme que comporta la categoría política-social: *frente de liberación nacional*. Ni su conformación práctica puede circunscribirse en un esquema, ni su definición equivale en muchos casos a una determinada conjunción de partidos políticos. Nos basta para ilustrar esta aseveración una ojeada a los episodios más relevantes de la historia revolucionaria en la que va del siglo.

Unidad del pueblo, condición ineludible para la conquista del poder

Si prescindimos de las distinciones propias del carácter diverso de las revoluciones, nos restará siempre como base común, el proceso de unidad del pueblo; es a través de éste que la vanguardia revolucionaria logra conducir a las masas a la captura del poder.

En la revolución rusa, esa unidad del pueblo —que en este caso equivale esencialmente a la alianza de la clase obrera con los campesinos y las grandes masas trabajadoras, dirigidas por los bolcheviques, aliados precariamente a los socialistas revolucionarios de izquierda y algunos internacionalistas— se configura peculiarmente en el seno de los soviets (comités o consejos) y de sus congresos que son primero organizaciones de unidad y lucha, y más tarde órganos de poder.

En Bulgaria el poder popular tiene su expresión en el Frente de la Patria que en 1942 estaba integrado por el Partido Comunista, la Unión Agraria Popular, el Partido Socialdemócrata, la Unión Popular "Sveno" y el Partido Radical. El sistema pluripartidista se conserva hasta nuestros días, aunque ha sufrido modificaciones; por ejemplo, en 1949 los partidos "Sveno" y Radical acordaron diluirse en el Frente en razón de que sus programas democráticos habían sido rebasados en el proceso de la construcción del socialismo y se produjo asimismo la fusión de los partidos Comunista y Socialdemócrata.

En la República Popular China existe el Frente Unico Democrático Popular integrado por varios partidos: Comunista, Comité Revolucionario del Kuomintang, Liga Democrática, Asociación por la Promoción de la Democracia, Asociación por la Construcción Democrática, Partido Democrático de Campesinos y Obreros, Sociedad Ti-hu-San y Liga por la Autodeterminación Democrática de Formosa.

Colaboran junto al Partido Comunista en el Frente Nacional de Checoslovaquia los partidos: Socialista, Popular, de la Libertad y del Renacimiento Eslovaco.

El Frente de Unidad Polaco está formado por los partidos Obrero Unificado (Comunista), Campesino Unificado y Demócrata, además de organizaciones sindicales, juveniles y sociales.

En la República Democrática Alemana integran el Frente Nacional el Partido Socialista Unificado, el Partido Demócrata Campesino, la Unión Demócrata Cristiana, el Partido Liberal Democrático y el Partido Nacional Democrático y organizaciones tales como la Confederación de Sindicatos Libres, la Unión Democrática de Mujeres y la Juventud Libre Alemana.

El Frente de la Patria de Vietnam (República Democrática) está formado por los partidos: de los Trabajadores, Democrático y Socialista, así como por la Confederación General de Trabajadores, la Unión Campesina, la Federación de la Juventud, la Federación de Mujeres y el Comité Vietnamita de Defensa de la Paz y otras organizaciones.

El Frente Nacional de Liberación que dirige la lucha en Vietnam del Sur consta de unas 30 organizaciones sociales y políticas, entre ellas tres partidos: el Popular Revolucionario, el Radical Socialista y el Democrático, así como por la Asociación de Trabajadores, la Asociación de Campesinos y otras agrupaciones sociales, nacionales y religiosas.

En estos numerosos casos, el frente que encabeza la unidad del pueblo para la revolución no aparece como una mera alianza de partidos políticos, aunque en todos ellos intervengan algunos partidos y en casi todos desempeñe la función de vanguardia —directora y aglutinadora— el partido obrero, comunista.

En Cuba, el frente no se constituye previamente, ni durante la batalla revolucionaria; pero el caso cubano es notoriamente excepcional. En Argelia, el Frente de Liberación Nacional, que es una coalición de clases y capas sociales forjada con vistas a la emancipación política del régimen colonial, se autoproclama partido único, sin llegar a serlo totalmente ni aun bajo Ben Bella, pero esa heterogeneidad social, propia de un frente, incompatible con un partido, es todavía hoy una fuente de sus dificultades. La marcha ineluctable de la lucha de clases no encuentra allí, naturalmente, sus órganos políticos partidarios de expresión: En ciertos países de Africa, los congresos o asambleas de grupos políticos, personalidades revolucionarias y sindicatos, pasan a actuar como partidos de gobierno. En cambio, América Latina nos ofrece dos ejemplos —entre otros de distinta índole— matizados por factores políticos e históricos bien diferentes, en los cuales la alianza de partidos es el espinazo del frente de liberación. En uno, en el caso de Chile, el FRAP se integra primordialmente en torno a la unidad de los partidos Comunista y Socialista. En otros, el de Venezuela, el frente se compone del Partido Comunista y el M.I.R. En ambos casos, a tales partidos se suma gente no embanderada en sus filas: en el caso chileno, grupos y partidos políticos; en el venezolano, militantes y combatientes de la lucha armada. Sin menoscabo de la importancia de estos agrupamientos, ellos son todavía la columna vertebral del frente de liberación más que la expresión de la unidad de la mayoría del pueblo.

La historia ofrece una amplia gama de formas unitarias

Nada pues, más heterogéneo y de cambiante colorido que este muestrario de las formas de la unidad del pueblo, que las conformaciones asumidas por la alianza de las fuerzas sociales y políticas llamadas a objetivar el veredicto histórico de la revolución. ¡Qué diferencia ostentan especialmente los frentes constituidos en el fuego de las grandes conmociones revolucionarias independentistas o sociales, y el clásico frente de partidos como el FRAP de Chile, conformado dentro de un ámbito institucional democrático-burgués, y con una añeja tradición

partidista! E incluso, con las variedades del Frente Popular que tan útil papel cumplieran en la década del 30, frente al nazi-fascismo (23).

De esta apretada reseña surgen algunas conclusiones: a) el frente de liberación nacional podrá desempeñar su función histórica si es capaz de congregarse a todas las fuerzas del pueblo para la faena de la revolución; b) la forma de este frente será resultante de las peculiaridades histórico-políticas de cada país, y del carácter que adquiriera la lucha político-social en sus distintas y variables fases; c) de la conclusión anterior surge esta otra: la constitución del frente primordialmente bajo la forma de una alianza de partidos dependerá de la existencia o no de esos partidos, de su carácter político concreto en cada fase de la historia de un país, de que la naturaleza de clase de esos partidos y su actuación coincidan con el recorrido real del proceso revolucionario; de que este proceso afirme, divida o lleve a la quiebra a los viejos partidos de la burguesía y la pequeña burguesía —independientemente de su mayor o menor raigambre en la historia nacional— y dé nacimiento a otros nuevos, totalmente originales, germinados y crecidos por el temporal político o paridos por alas avanzadas o por agrupamientos en torno a líderes que superan las estructuras caducas; d) empero, la conformación del frente exige siempre la intervención de un partido de la clase obrera y de su actuación en las primeras líneas del movimiento de unidad popular. La ausencia de este factor ha obedecido en ciertos casos al bajo nivel de desarrollo económico-social de determinados países, tales algunos africanos de estructura pre-capitalista, o a circunstancias políticas muy peculiares.

Y casi siempre, también esta ausencia es una raíz de dificultades ulteriores para el tránsito al socialismo o aun para la consolidación de los regímenes nacional-liberadores. En el caso excepcional de Cuba, se conjugaron varios factores favorables a un positivo desenlace, que señalaré: el convencimiento marxista-leninista del grupo principal de dirigentes de la revolución, entre ellos de su líder notorio Fidel Castro, la existencia de un partido marxista-leninista que se integra sin cortapisas al curso de nacimiento del nuevo partido, y en el plano exterior, la acción internacionalista de la U.R.S.S. y el sistema socialista en ayuda a la revolución. e) En varios de los casos citados, las organizaciones sociales, no partidistas, sindicales y otras, se integran en el frente liberador, pero nunca han podido sustituir por sí solas a la existencia de ese frente y de sus funciones revolucionarias. Las preocupaciones de oponer los sindicatos al partido de la clase obrera (comunista) o a los partidos y grupos de la izquierda, son un sueño utópico regresivo, apenas si la copia mortecina de la impotencia histórica del anarcosindicalismo. Menos puede esto pensarse en un país como Uruguay, donde las organizaciones sindicales reflejan en sus direcciones el bien ganado prestigio de los comunistas.

Cómo llegar al Frente de Liberación

Estas conclusiones y experiencias nos ayudan a comprender más acabadamente la realidad del Uruguay. Permiten responder más apropiadamente a un interrogante que la gente se formula y que, en última instancia, se confunde con la pregunta referente a las perspectivas revolucionarias en nuestro país.

¿Cuáles son los caminos de la formación del frente de liberación nacional?

De dos premisas debemos partir, si deseamos exponer con cierto método nuestro pensamiento y no resbalar a definiciones que tengan la anticipada rigidez cadavérica de una receta:

1) Contrastar la estimación teórica de las fuerzas sociales susceptibles de integrar o de ser puntos relativos de apoyo a un frente de liberación nacional con su expresión actual en la realidad político-social del Uruguay;

2) Examinar lo que ya existe en materia de frente —el grado de nucleamiento de las fuerzas antimperialistas y avanzadas y de experiencia de unidad del pueblo— y los caminos convergentes a su formación.

(23) Excluyo el caso español por sus transformaciones ulteriores durante la guerra, que nos prohíben hacer referencias rápidas y sin pormenores.

En cuanto a lo primero: en nuestros documentos se considera que el frente de liberación nacional deberá unir contra el imperialismo yanqui, los latifundistas y la gran burguesía, a los más amplios sectores, desde el proletariado a la burguesía llamada nacional, que la base de ese frente deberá ser la alianza obrero-campesina, que el proletariado debe agrupar a su alrededor a las grandes masas trabajadoras, las capas medias urbanas y rurales, y definir por esta acción, la intervención positiva de la burguesía media en la primera fase de la revolución, o su neutralización.

Al trasladar este planteamiento estratégico a la directriz política, surge un primer obstáculo o dificultad: *en la escena política uruguaya no es posible concretar en términos de partidos lo que se expresa con nitidez en las categorías sociales generales —clases y capas sociales— salvo cuando hablamos de la clase obrera, y de ciertos grupos que traducen el pensamiento de una parte de la pequeñoburguesía.*

Los llamados partidos tradicionales Blanco y Colorado, no corresponden a filiaciones sociales de clase más o menos puras. En primer término, porque el desarrollo deforme del capitalismo uruguayo se refleja plenamente en esos partidos: así el batllismo fue originalmente el sector representativo de la burguesía nacional, mayoría amplia en el Partido Colorado, empero al que siempre perteneciera un ala de grandes terratenientes y comerciantes, y el Partido Nacional fue la agrupación por excelencia de los latifundistas y comerciantes intermediarios, aunque hubiera en su seno sectores vinculados al desarrollo burgués. Esa caracterización inicial conserva tradiciones, rasgos, huellas y determinadas diferenciaciones en las actuales conformaciones partidarias: podríamos indicar sucintamente —por ejemplo— el peso mayor del latifundio en el Partido Blanco y de la actual gran burguesía conciliadora en el batllismo. Estas distinciones que valen rigurosamente para manejarse en el plano táctico, no pueden empero oscurecer que el proceso de “territorialización” de la gran burguesía y de aburguesamiento de los latifundistas, que conformó una gran burguesía, dueña de gran parte de la tierra, la banca, el comercio y la industria, ha avecinado a las direcciones de esos partidos más allá de las fuerzas del pueblo que ellos arrastran, o la militancia de personalidades o grupos sin capacidad de definición dentro de sus filas. La constitucionalización del bipartidismo, que es la expresión superestructural —jurídica y política— de la base económico-social, del deformado desarrollo capitalista, agrava estos males erigiendo tales armazones partidarias en instrumentos de contralor y utilización de la pequeñoburguesía y la burguesía nacional por los latifundistas, la gran burguesía y el imperialismo, principalmente yanqui.

Por lo tanto, la apreciación de los matices tácticos que siempre hemos tenido y debemos tener en cuenta en mil casos de la vida cotidiana, no pueden desbordar la consideración estratégica; hoy por hoy, la estructura de tales partidos (Blanco y Colorado) es el mayor obstáculo a la formación del frente de liberación nacional.

Para seguir nuestra indagación, corresponde contraponer inmediatamente —so pena de formarse una visión errónea de la correlación de las fuerzas— a esta combinación del bipartidismo que en las elecciones sucesivas ha arrastrado enorme cantidad de sufragios, la situación de la clase obrera y las grandes masas de asalariados, el nivel alcanzado por sus luchas y su relación con los partidos políticos. Al respecto, lo primero que salta a la vista es la extensión de la organización sindical de los trabajadores y la profundización de la lucha de clases que ha sacudido particularmente a Montevideo, que se ha manifestado económica y políticamente en muy grandes batallas y que se expresa cada vez más ideológicamente. En segundo término, el vasto y poliforme movimiento obrero ha crecido no al conjunto de explosiones espontáneas, sino que es consecuencia primordial de una labor de vanguardia sistemática, de unidad, organización y movilización, que más allá de errores procura combinar las tendencias a la amplitud o extensión permanente, con la profundización, o sea el empeño por madurar política e ideológicamente la conciencia de la mayoría de la clase obrera. Entre otros resultados, la fragua de la lucha de clases ha calcinado en lo fundamental, la presencia de agentes del imperialismo yanqui y las clases dominantes en las estructuras gremiales; por lo demás muy pocos dirigentes sindicales hoy poseen militancia en los partidos de la burguesía. Por sus características, el movimiento de los trabajadores uruguayos ha ido fructificando en

sucesivas capas o generaciones, cuadros con conciencia de clase y con cada vez más madura visión ideológica. Pero además, conviene subrayar cual es la relación actual del partido marxista-leninista con la clase obrera y las grandes masas de trabajadores. Todo partido marxista-leninista es por su ideología y por su misión histórica, el partido de la clase obrera; pero no siempre su composición y sus lazos con el proletariado corresponden al planteamiento teórico-político. En nuestro país, el Partido Comunista, es por su composición social, un partido integrado en un 78 % por obreros y sus cuadros, no sólo los dirigentes sindicales, están relacionados inmediatamente con el proletariado.

Las clases dominantes acusan a menudo a buena parte de la brillante generación de cuadros sindicales de ser adherentes a nuestro partido; nos enorgullecemos en vez de vacilar ante el impacto de finalidad represiva que comporta este señalamiento. Demuestra que la clase obrera uruguaya avanza de su condición de clase "en sí" a clase "para sí". Tampoco es un fruto del azar o de la maniobra sectaria, el que así ocurra; por el contrario, trasunta el acertado criterio teórico y político que ha presidido nuestro trabajo.

Además, la clase obrera uruguaya no se ha encerrado en sí misma, sino que ha sabido extender su mano unitaria —sea férreo o aun laso el grado alcanzado por esa unidad— a todos los que viven de su sueldo, empleados bancarios y comerciales, funcionarios del estado, maestros, profesores, etc., y a la vez, a distintas capas de la pequenoburguesía urbana y rural, e inclusive, a veces, a ciertos sectores de la burguesía media nacional.

A pesar de la extensión de este movimiento al campo y al interior del país, resalta vivamente la desproporción entre el nivel de la lucha, de la unidad y la organización, y por ende, de la conciencia, entre la ciudad y el campo, entre Montevideo y el Interior de la República. Las conclusiones a extraer de esta debilidad son obvias. El hecho de que el 84 % de la población uruguaya sea urbana y que alrededor del 70 % del proletariado tenga su base en Montevideo, ciudad que a su vez alberga cerca de la mitad de todos los habitantes, no debe llevarnos a desoir la campana de alerta que suena apenas advirtamos las referidas desproporciones.

Lograr la síntesis unificadora del pueblo

Estos datos indicadores de la eclosión de las masas trabajadoras y su irrupción a la escena político-social, estos síntomas ostensibles de la agudización de la lucha de clases que contradice el cuadro electoral bipartidista y precisa buscando otras salidas: ¿hasta dónde permitirán mantener el caudal político-electoral de los viejos partidos históricamente en crisis?

La respuesta no consiste en buscar soluciones partidistas (a la vez de negar a los partidos y frentes de izquierda ya existentes) por la vía de los sindicatos, sino en saber reunir esa experiencia multitudinaria de las masas, lanzadas ya a la acción tras un programa avanzado con la construcción y desarrollo del frente independiente de las fuerzas antimperialistas y avanzadas que luchan por ganar políticamente a la mayoría de los trabajadores. Desde el ángulo del Partido Comunista, esta síntesis unificadora del pueblo se conjuga con la tarea histórica que nos asignamos: ganar ideológicamente a la mayoría de la clase obrera.

Cuanto más extensa y profunda se vuelva la unidad de las masas, para lo cual es menester saber combinar siempre la acción de los sectores avanzados con la de aquéllos más atrasados, más perentorio resulta el proyectar vigorosamente todas las tareas de la conformación del Frente de Liberación Nacional.

Y en cuanto a lo segundo: existe ya una experiencia en nuestro país, en lo fundamental exitosa. La ceñida descripción del curso de las luchas de las masas que acabamos de efectuar, expresa la acumulación de tal experiencia. Vivimos el proceso de unidad del pueblo por todas las vías de su interés reivindicativo, a los diversos niveles de su comprensión política y la conexión de sus acciones en torno a una plataforma que apunta contra las clases dominantes y el imperialismo y resume propagandísticamente las ideas esenciales de un cambio social y nacional-liberador. Pero en segundo término, esa experiencia también tiene historia en cuanto al empeño por unir los partidos, grupos o personalidades antimperialistas y avanzadas —lo que se ha dado en llamar *la izquierda*, en tér-

mino convencional e impreciso— y por arraigar cada vez más esa unidad en el emergente y torrencial movimiento obrero y popular. Hace menos de una década sólo era posible plantear esa unidad, en los términos prácticos, como alianza de los partidos Socialista y Comunista. Hoy existe la experiencia de la constitución, del desarrollo y consolidación del F. I. de L., forma embrionaria del frente de liberación y es posible pensar de modo concreto —pease a numerosas retransas— en el nacimiento de un frente mucho más amplio, tanto por la incorporación al F. I. de L. de otros sectores, como por la participación del F. I. de L. en otra coalición ensanchada de corrientes antimperialistas, capaz de proyectar su acción revolucionaria en todos los campos: económico-social, político, electoral, etc. Y ¿por qué no decirlo? la vigorización sistemática y relativamente veloz (política, ideológica y orgánica, cuantitativa y cualitativa) del Partido Comunista es un factor destacado en la referida experiencia nacional, una contribución a abrir los caminos de la edificación plena del frente de liberación nacional en nuestro país. Pero, se nos dirá —ya se nos ha dicho—:

—“De este modo, Vds. estrechan las rutas de formación del frente, incurren en sectarismo, se alejan de vuestra propia concepción estratégica de las clases y capas sociales capaces potencialmente de apoyar un frente tal...”.

“...Y ello ocurre además porque Vds. prescinden así de considerar en el juego de alianzas a los actuales partidos tradicionales...”.

Respondemos: no es así. Primero, porque nos movemos no al margen sino en el centro del vasto movimiento de las masas obreras y populares, a quienes estamos uniendo, a las que conducimos a la lucha y procuramos que eleven su conciencia; esa unidad se extiende poniendo en marcha a las grandes masas y no solamente sus sectores avanzados; ello significa trabajar con todo el pueblo, ser alfareros afanosos de su emancipación política e ideológica. Segundo, porque en nuestra política y en nuestra acción programática no nos separamos de la amplitud exigida por el planteamiento estratégico de las bases sociales del frente postulado. Se debe distinguir entre la integración presumible del frente de liberación nacional, desde el punto de vista de las clases y capas sociales que potencialmente poseen antagonismos con el imperialismo, los latifundistas y la gran burguesía, y la *forma* que este frente asumirá en cada instante, modelada por la mano movizada de la lucha de clases y de la brega antimperialista, peculiarizada por el curso histórico-político de cada país.

Desde el punto de vista programático y del accionar político reivindicativo, nuestra amplitud debe llegar hasta las fronteras de ese campo contradictorio de clases y capas sociales susceptibles de ser naturales puntos de apoyo, o participantes de un frente de liberación; pero en el plano de su *conformación* inmediata debemos desde ya agrupar a todas las fuerzas antimperialistas y avanzadas, capaces de ser el núcleo de su futura y plena constitución.

Cuando nos movemos con tal amplitud programática y política, pensamos en términos de presente y de futuro, pero antes que nada mirando hacia el futuro; aparte de que sería estúpido regalarle al enemigo cualquier sector o capa social que puedan ser nuestros aliados aun precarios, o susceptibles de neutralización. Pero otra cosa bien distinta es negarse a abrir paso al futuro, a ir esculpiendo en el presente, en la realidad de hoy, las formas —por embrionarias que fueren— que conduzcan a construir el referido frente. Por lo demás, *sus formas definitivas* (ya ofrecimos ceñidamente ejemplos tomados de varios países y revoluciones) serán un resultado del propio recorrido de nuestra revolución, un fruto “del árbol verde de la vida” y no el producto de un alambique teorizador.

La unidad en el plano político deberá corresponder a la unidad en el plano sindical y popular

¿Quién puede dibujar hoy las líneas arquitectónicas definitivas de ese frente, si concibe dialécticamente la evolución político social del Uruguay? ¿Si ese alguien, como nosotros, prevé un sobresaltado curso político y no un desarrollo más o menos pausado y gradualista?

Tanto la brutalidad imperialista yanqui —su intervencionismo estúpido y cruel, su táctica gangsteril, su gorilismo metódico— como la ineluctable agudización de la lucha de clases y la emergente presencia popular, irán poniendo cada

ves más su sello en los vaivenes de esta presunta "Suiza de América". El camino de nuestra historia inmediata puede ser abrupto, frecuente de barquinazos y susceptible de vuelcos. Por consiguiente, ciertos datos acerca de qué forma plena y definitiva deberá adquirir el frente de liberación nacional, pertenecen al futuro, están librados al camino y a sus vicisitudes.

Por lo tanto, tampoco debe excluirse de modo apriorístico, que a una altura determinada de agudización de las contradicciones sociales y políticas, o en una circunstancia crítica peculiar, ésta o aquella combinación de partidos políticos pueda ser en nuestro país un factor condicionante de una más extensa y profunda unidad del pueblo, o una manifestación muy amplia de ésta. Y siempre hemos estado alertas a tales posibles situaciones, por ejemplo: cuando la inminencia probable de la crisis política las han puesto en el orden del día. Y justamente, cuando procuramos abrir brecha en la fraudulenta configuración del bipartidismo, estamos intentando limpiar el rostro social del país, de un país secundado socialmente en clases y capas sociales opuestas en función de las tareas antimperialistas y antioligárquicas y que, sin embargo, el bipartidismo divide artificialmente según conviene a las clases dominantes y a su monitor yanqui. Y es esta artificialidad del bipartidismo en crisis histórica la que carga precisamente la atmósfera de la República con los más turbios y pesados nubarrones, el golpe de Estado gorila o el vuelco a la derecha constitucionalizado.

Por ello estos enigmas de nuestra posible evolución política, todavía difíciles de disipar sin riesgo de lucubración e incurrencia en agorerías, no se oponen a las actuales tareas tales como las concebimos. Esas nebulosidades no justifican cualquier descuido en la perentoria faena de agrupar a los sectores antimperialistas y avanzados, con miras a erigir una fuerza independiente que sea la costura del frente liberador y abra brechas a la tramposa maquinaria político-burocrática de que se sirven las clases dominantes y el imperialismo yanqui para conservar su dominio.

El bipartidismo, instrumento de opresión

El bipartidismo es actualmente el principal instrumento —político-jurídico-burocrático— de que se valen los opresores nativos y su patrocinador norteamericano, para controlar el país. Hoy mismo, ante las contradicciones sociales cada vez más agudas que ponen en tela de juicio esta superestructura, los distintos grupos de las clases dominantes postulan una reforma de la Constitución que haga más antidemocrática y más fraudulenta esta organización institucional.

Sin descuidar torpemente los matices (—¡todos los matices!— derivados de la filiación social que distingue en los llamados partidos tradicionales a ciertas alas, grupos o personalidades), es claro que, hoy por hoy, la formación del frente de liberación nos exige enfrentar el bipartidismo por un doble y simultáneo proceso de agrupamiento de las fuerzas antimperialistas y avanzadas —la izquierda— y de emancipación política e ideológica de las grandes masas a través de su experiencia, de todo contralor de las clases dominantes y sus partidos. Así aceleraremos también el actual engrandecimiento sistemático de la vanguardia obrera, el Partido Comunista.

Deciéndolo de otra manera. Por un lado, es absurdo proclamar que jamás ninguno de los hombres, grupos, alas o sectores que integrarán los llamados partidos tradicionales, participará positivamente en el curso de nuestra revolución y, por lo tanto, en las formas más extensas del frente de liberación nacional. Esta clausura anticipada de puertas, olvida el carácter heterogéneo de tales partidos; las clases dominantes aseguran precisamente su dominio, aprovechando de esa heterogeneidad real encerrada en la unidad artificiosa. Pero por otro lado, toda debilidad en la constitución, fortalecimiento y ampliación de una fuerza independiente que enfrente a la monstruosa arquitectura de tales partidos con vistas a demolerla, a pretexto de la referida heterogeneidad, toda claudicación o menosprecio de la imprescindible labor de agrupar políticamente a la izquierda, de extender lo ya edificado con el F. I. de L., de disputarles palmo a palmo en todos los terrenos (económico, político e ideológico) a las clases dominantes su influencia, con el fin de destronar su monopolio político, sólo puede calificarse de un entreguismo sin vuelta, de un seguidismo sin atenuantes.

Además, sólo por esta senda se logrará algún día el deslindamiento de grupos importantes de tales partidos. Se puede contribuir a tal necesaria cirugía, únicamente si el violento impacto de la marea social que ya hace crujir el andamiaje, se encuentra a mitad del camino con una acción política organizada que le abra el paso, que excave el indispensable cauce.

Con este criterio contribuimos a la formación del Frente Izquierda de Liberación. Deseábamos una unidad más amplia de la izquierda que no cuajó a causa de la desafortunada maniobra del Partido Socialista y de otras fuerzas, la fenecida Unión Popular. La propia integración del F. I. de L. (partidos, movimientos, comités de líderes sindicales o estudiantiles, etc.) ostenta la óptica multilateral que enfoca nuestra concepción del Frente. Hoy bregamos por ampliar esta unidad a toda "la izquierda". Aunque tampoco pensamos que un más amplio frente de la izquierda sea el desiderátum, ni que quedarán cerradas con ese logro las vías de integración del frente de liberación nacional. Inclusive, un agrupamiento de las masas al margen de partidos, al estilo del Congreso del Pueblo, la extensión, unificación y consolidación del movimiento sindical, obrero y estudiantil en torno a un programa avanzado y con una comprobada combatividad y variada metodología de lucha, el despertar del movimiento de las masas trabajadoras rurales, el alistamiento de la intelectualidad avanzada, etc., son *objetivamente caminos del frente de liberación*. Y nada obliga a pensar que mañana puedan no ser caudales o afluentes en la gran columna en marcha de nuestra revolución, sin que ello suponga una intención de partidizar —hoy por hoy— tales movimientos notoriamente no partidistas y ajenos al proselitismo menudo y miope.

El ascenso de estos movimientos, tanto como su edificación sistemática, coinciden con nuestra concepción general del proceso uruguayo y en parte fundamental son también obra de nuestros militantes. Por esta última razón, causa risa oír a veces a alguna gente que de pronto nos apuntan con el dedo y nos increpan por el auge y extensión del movimiento político-social de los gremios, contraponiéndolo a la pequeña potencialidad electoral de la izquierda. Y nos atribuyen ¡quietismo!, ¡tradicionalismo! en las acepciones más peyorativas de estos términos, ¡incapacidad para hallar un lenguaje común con las grandes masas vernáculas! Ignoran, olvidan o fingen ignorar que ese movimiento gremial no cayó del cielo, ni es el parto feliz de algún inspirado mentor de sindicatos; es obra de los militantes obreros, en general de la izquierda, en primer término de los comunistas y militantes del F. I. de L. Olvidan también que esa inarmonía de nuestro proceso social y político no se superará con vilipendios a la naciente unidad y el posible papel político de la izquierda unificada, sino contribuyendo a aumentar los lazos prácticos, en la vida, en la lucha, objetivamente, entre el frente de liberación aún en su fase nuclear, y las grandes masas ya gremialmente dirigidas por los sectores de avanzada, por cuadros que poseen una conciencia revolucionaria.

Pero además, también aquí es menester concebir la evolución política en forma dialéctica y no "gradualista" ("evolucionista" según la acepción limitada del término). El proceso de conquista política e ideológica de las masas ha podido ser lento en ciertos períodos, pero puede madurar y precipitarse en las crisis políticas o en los grandes sacudimientos. Por lo demás, la acción de los sindicatos que hoy corre por sus propias rutas no partidistas, puede mañana juntarse en la vida hasta un entrelazamiento más estrecho, con o en el frente de liberación nacional.

Ocurrió así en varios países según los ejemplos referidos. Pero ¿se ha meditado bastante en lo que fueron los soviets (comités de obreros, campesinos y soldados) enlazados a la acción partidista revolucionaria, para transformarse, en un plano superior, en mucho más que un frente, en la estructura del nuevo poder, de un nuevo aparato de Estado?

En otro plano más circunscripto y pequeño ¿no nos han enseñado las clases dominantes de nuestro país, a conectar un movimiento gremial, "ruralista" con uno de los viejos partidos, para darle una victoria electoral a los grandes terratenientes y a la gran burguesía "intermediaria"? ¿Cómo no pensar en todo esto al elaborar la táctica, al prever los caminos de formación del frente de liberación nacional en nuestro país?

Amplitud y profundidad condicionan una táctica correcta

Cuando nuestro Partido traza su conducta política, planta firmemente sus pies en la tierra, en la labor inmediata, sistemática y a veces gris, pero a la vez, columbra el horizonte y abre sus ojos sin temor a lo nuevo, a lo que surge, y que bien puede encerrar en su entraña el luminoso futuro. Concebimos, pues, los caminos del frente de liberación nacional en nuestro país, en el conjunto del proceso social, donde todos los factores se entrecruzan e interrelacionan y donde se precisa actuar a la vez, cada día con mayor amplitud, en una extensión mayor, y cada día con más hondura, con una profundización más sistemática, en la consistente maduración del proceso revolucionario.

De una manera un poco primaria, se acostumbra describir nuestra táctica como la figura de tres círculos entrelazados: el más amplio supone la movilización y organización de las grandes masas en el plano gremial, en lo económico-social y político más extenso; el segundo, que cruza con el anterior, señala la tarea de la formación simultánea del frente de liberación, cuyo núcleo actual es el F. L. de L. y que se concreta en lo inmediato, en la labor de unificar a toda la izquierda; el tercero, enlazado a los otros dos, la extensión y desarrollo ideológico y orgánico del Partido de la clase obrera, el Partido Comunista. Esta reducción graficista de un planteamiento táctico que creemos dúctil, multilateral y en desarrollo constante, comporta fatalmente una dosis elevada de simplificación y rudimentarismo. Empero, nos ayuda a comprender la dimensión de las tareas de concatenamiento de los objetivos y a movernos positivamente en nuestra tan compleja situación política.

Resumiendo: la construcción del frente de liberación nacional, tarea fundamental de la revolución uruguaya, que abarca todo un período, es decir, que traduce una noción estratégica, transita por las rutas inmediatas de la táctica, y exige capacidad a la vanguardia revolucionaria para entrar en contacto con las masas, para conducir las a través de su experiencia, tanto en las acciones reivindicativas menores, como en las bregas políticas estrechamente ligadas con estas, desde la preservación de las libertades democráticas a las "formas superiores" de la lucha de clases, incluyendo la "escuela", magnífica y borrasca de la guerra civil.

Los caminos de la formación del frente de liberación pueden pues parecerse o ser crudamente disímiles, según la historia concreta de cada país o región. No queremos decir con esto que la faena de su constitución deberá estar librada al empirismo o a la súbita luz de la genialidad. ¡Y menos aún de los aspirantes a genio! La previsión política, el trazado de una táctica viva, muy pegada al objeto de la lucha popular, el establecimiento de una línea política flexible, son obligaciones de una vanguardia que se precie de tal.

VIII

UN OBJETIVO ESENCIAL: FORJAR EL FRENTE LIBERADOR

El XVIII Congreso de nuestro Partido estimó que el empeño por formar el Frente de Liberación —es decir, la fuerza social y política capaz de agrupar al pueblo para la revolución— la determinación exacta de la correlación de fuerzas existente en el país y por ende, del momento político y del grado de desarrollo de la lucha de clases en sus características concretas y la elección de los métodos que deben predominar en cada etapa, marcan obligatoriamente las importantes coordinadas de nuestra acción.

El Congreso insistió en anteriores juicios respecto a que asistíamos a una maduración del proceso revolucionario de América Latina. Estas apreciaciones, confirmadas por la proeza cubana y el nuevo impulso revolucionario que apareja su victoria, nos exigían una táctica acertada, correspondiente. En su delineamiento debíamos tener en cuenta no sólo el proceso peculiar de nuestro país, considerado aisladamente, sino también el conjunto continental y la incidencia mutua de las luchas y de los llamados factores de poder en zonas estrechamente relacionadas de Iberoamérica, todo ello condicionado especialmente por la presencia y la acción crudamente intervencionista del imperialismo yanqui.

Dicho de otro modo: para valorar la perspectiva revolucionaria era menester tomar en cuenta, en rigurosa correlación, por un lado, el proceso revolucionario continental, por otro, la situación concreta y peculiar de ese país, a veces de esa zona o grupo de países.

La conquista ideológica de las masas a través de su experiencia

El XVIII Congreso de nuestro Partido destacó que la situación latinoamericana se caracterizaba por el ascenso del movimiento revolucionario y la contraofensiva del imperialismo yanqui; por la exasperación de todas las contradicciones que integran la base material de nuestra revolución y en consecuencia por la precipitación de los enfrentamientos de las clases sociales y el auge del movimiento de liberación nacional. Era de prever que —a pesar de marcarse las naturales diferencias en el nivel, en los métodos y aun en el tiempo de las luchas— el continente entero penetraba en una hora de grandes y duras batallas, marcadas tanto por las intenciones regresivas del imperialismo yanqui como por la combatividad de los pueblos. El ensanchamiento de las perspectivas revolucionarias —acompañado ineluctablemente por una mayor dureza y encarnizamiento de las luchas— aumentaban la responsabilidad de las fuerzas y de los partidos revolucionarios, responsabilidad en las decisiones generales, pero también por la combatividad y la iniciativa política y por la preparación para las confrontaciones inevitables. Aumentábase pues, el papel del partido de la clase obrera, acrecentándose cualitativamente sus obligaciones en el plano de las formulaciones teóricas, de las delineaciones estratégicas y tácticas, de la capacidad para unir al pueblo y conducirlo no sólo al combate sino a la victoria. Claro está, que a veces las posibilidades reales estaban por encima de las previsiones ceteras y aun de la voluntad de los partidos y de sus direcciones; depende el aprovechamiento de esas posibilidades, además de las referidas condiciones objetivas generales, de su poderío, de sus vínculos de masas, de su unidad ideo-

lógica y política, inclusive de su formación histórica. Pero los procesos de lento desarrollo social o de desdibujada lucha de clases jamás fueron los más favorables al rápido crecimiento de los partidos revolucionarios, de su ascendencia popular, de su temple y sus potencialidades revolucionarias prácticas.

Por todo ello, encarando de un modo exigente el indispensable crecimiento del Partido y su preparación teórico-política en el marco de las circunstancias uruguayas bastante peculiares, el XVIII Congreso nos advirtió contra dos posibles riesgos de carácter táctico: el *oportunismo*, expresado principalmente como pérdida de las perspectivas revolucionarias y adecuación a concepciones y formas de lucha de un más lento desarrollo social, y el *aventurerismo*, mezcla de impaciencia, subjetivismo e infantilismo en la estimación de los factores de la acción revolucionaria.

En el primer caso, la pérdida de las perspectivas revolucionarias se origina en una comprensión tardía de la etapa en que se halla el movimiento revolucionario en el continente; en su raíz hay una valoración insuficiente de la agravación de las contradicciones con el imperialismo yanqui y las clases dominantes, acelerada tanto por el estrechamiento de sus bases sociales e ideológicas de dominación como por la modificación de la correlación de fuerzas en el plano internacional; y se acompaña, sin duda, por una estimación rebajada de las proyecciones continentales de la victoria y consolidación de la revolución cubana y un también insuficiente estudio de los aspectos susceptibles de generalización de la experiencia que condujo al triunfo en la Isla. En este caso es fácil resbalar a una concepción gradualista en vez de dialéctica del curso revolucionario continental y a una oposición metafísica entre las formas y métodos de lucha, que van apareciendo y experimentándose en todo el continente a medida que se aceleran y se tornan cambiantes y borrascosos los procesos revolucionarios.

El *aventurerismo* es la concepción que prescinde, desde el punto de vista táctico, de las consideraciones acerca del grado de maduración de las situaciones revolucionarias, que no toma en cuenta la "hora" de la acción insurreccional, que descuida u olvida totalmente el medir la altura del desarrollo social, el juego de las contradicciones sociales y políticas, el papel de las masas, la necesidad de conquistar aliados y de aislar al enemigo, la combinación acertada de los métodos de lucha en función del ánimo de las masas y de los objetivos que se buscan en cada instante, etc. En general, tales concepciones confluyen en la tesis de que la vanguardia aislada o —peor aún— un grupo de vanguardia, puede crear a su voluntad, una situación revolucionaria, llegar al poder y conservarlo. También en las ideas de corte aventurero, yace una versión errónea de la experiencia cubana, un estudio superficial de la misma, inclusive de las exposiciones generalizadoras efectuadas al respecto por Fidel Castro. En esto coinciden ambas desviaciones.

Estas ideas —muchas veces coexistentes o mixturadas con otras de un ostensible cuño oportunista; el oportunismo, como lo dijera Lenin, es una oscilación de la izquierda a la derecha, por ser expresión típica de la hesitación que timbra la condición social del pequeñoburgués, reproducen tardíamente muchas opiniones de las corrientes sociales premarxistas. Y en particular, las ideas de Augusto Blanqui. Engels nos legó un retrato clásico de aquel valeroso, pero ideológicamente inmaduro revolucionario que fue Blanqui y una definición de sus ideas:

"...Educados en la escuela de la conspiración y mantenidos en cohesión por la rígida disciplina que esta escuela supone, los blanquistas partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones, no sólo de adueñarse en un momento favorable del timón del Estado, sino que, desplegando una acción enérgica e incansable, sería capaz de sostenerse hasta lograr arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno al puñado de caudillos". (24)

Engels y Lenin señalaban el doble carácter —contradictorio— de las ideas de Blanqui. Por un lado, la tesis cierta de que es menester una vanguardia organizada, disciplinada, combatiente, apta para todas las formas de la lucha, para los momentos de la clandestinidad o de acción ilegal o los períodos de la lega-

(24) C. MARX. "La guerra civil en Francia". Párrafo del trabajo escrito por F. Engels para la edición berlinesa de la obra, en 1891.

lidad más amplia; para la hora de la acumulación de fuerzas o para los instantes críticos de reacción violenta o de lucha armada, ya fuese planteado tal tipo de lucha por la reacción, ya que surgiera por iniciativa de los revolucionarios en la situación correspondiente. Pero, por otro lado, la idea estrecha, premarxista, propia del pensamiento pequeñoburgués, de creer que los revolucionarios por sí mismos, más allá del tiempo y el lugar hacen la revolución, sin ver que la revolución la hacen las masas, que la tarea de un partido de vanguardia no es sustituir a las masas sino encabezarlas en el proceso de la revolución.

La conquista de las masas, el problema de la definición de su conciencia a través de su experiencia, de su enfrentamiento a las clases dominantes, de la acumulación de fuerzas por la revolución hasta el instante crítico en que esas masas se elevan a la conciencia de la lucha por el poder es, en última instancia, *la dirección fundamental, permanente, de la táctica*, aunque ella luego pueda enfrentar situaciones particulares como posteriormente vamos a referirnos.

Claro está, jamás el marxismo-leninismo vinculó la imprescindible movilización y conquista de las masas a una sola forma de la actividad social; y así como la lucha armada puede ser la coronación de la intervención política de la mayoría de la clase obrera y las muchedumbres populares en la hora insurreccional, la lucha armada, si se prolonga o se inicia en las condiciones de una guerra dilatada (caso de Cuba, Argelia y de algunas actuales guerrillas latino-americanas) exige una política permanente de masas que la guíe y acompañe y la transforme en una "guerra de todo el pueblo". Sin hablar ya de la ancha zona intermedia de situaciones, en que las formas y los métodos de lucha no pueden catalogarse estrictamente, pues abarcan una extensa gama cuyos colores se manifiestan alternativa o simultáneamente (legales o ilegales, parlamentarias y armadas, inferiores y superiores, etc.).

Desde este punto de vista, el planteamiento táctico se deberá mover en un ámbito limitado por algunas normas de carácter general, primarias pero ineludibles:

a) Las variaciones tácticas por cortas que sean en su alcance, no deben oponerse al principio estratégico que exige identificar con claridad cuál es el enemigo principal al que es preciso derrotar y, en consecuencia, cuáles son los aliados potenciales del proletariado susceptibles de ser ganados para la revolución o, por lo menos, neutralizados por un lapso más o menos prolongado;

b) la táctica debe basarse en el desarrollo de la lucha de clases, en el encaramiento político y organizativo del proletariado en un determinado momento; debe pues, tener en cuenta tanto el interés general histórico-universal de éste, que presupone afirmar su independencia, como la preocupación por evitar su aislamiento, por asegurarle aliados, por crear condiciones para el ejercicio práctico de su papel de vanguardia;

c) el objetivo táctico principal consiste en definir la actitud de las grandes masas, en transformar nuestra línea en patrimonio de éstas; en consecuencia, reclama que sepamos reflejar sus aspiraciones y conducirlas —a través de las diversas batallas parciales, económicas y políticas— a la acción revolucionaria. Resolver el problema de la participación de las multitudes populares, en primer término de la clase obrera, en las acciones capaces de decidir una situación económico-política determinada y a través de tales acciones, elevar su conciencia política y ganar ideológicamente a sus sectores más combativos: he aquí la piedra de toque de la táctica marxista-leninista. Esta regla vale para todas las situaciones, en relación a todas las formas de lucha, inferiores y superiores, legales o clandestinas, armadas o de utilización plena de las condiciones de desarrollo político más o menos "pacífico" (prensa, parlamento, labor propagandística, trabajo sindical o reivindicativo en otras capas sociales, etc.). Por lo tanto, el problema de los métodos se resuelve teniendo en cuenta, por un lado, el momento político y por otro, su repercusión en las masas.

En todos los casos, aun en aquéllos que exigen el recato de la acción individual, el valor táctico deberá medirse en función de la repercusión de estos actos en la conciencia de las masas⁽²⁵⁾.

Tan así es que, si deseamos diferenciar a un simple golpe de vista el enfoque

(25) V. I. LENIN en su obra *LA GUERRA DE GUERRILLAS* (págs. 215 y 216) dice: "La socialdemocracia no conoce medios universales de lucha que levanten una muralla china entre el

táctico marxista-leninista de todas las otras concepciones que nacen, mueren, renacen y vuelven a morir estérilmente en el movimiento revolucionario, fuesen éstas alimentadas en el siglo XIX por las corrientes premarxistas, sean éstas hoy redescubiertas por las tendencias pequeñoburguesas, semiproletarias, etc., que proliferan en el abigarrado campo social del antimperialismo, ese distingo tendrá seguramente por frontera la estimación del papel de las masas en el proceso revolucionario.

Héroes y multitudes, personalidades y pueblos

Este trazado de rayas, no obedece sólo a estimaciones circunstanciales; se remite sin duda a una valoración de índole general, a problemas cardinales de la filosofía y la sociología: la relación entre héroes y multitudes, personalidades y pueblos, vanguardias y masas. La táctica arraiga pues, en la tierra nutricia de la concepción dialéctico-materialista del desarrollo social. Pero aun poseyendo esta filiación de carácter general (una táctica empirista o pragmatista sería miope o proclive al oportunismo) la táctica deberá definirse por su movilidad, por su carácter concreto, por su desnudez de todo doctrinarismo o dogmatismo. Formalmente no hay nada prohibido desde el punto de vista táctico, salvo hipotectar los principios, salvo el negar las líneas del plan estratégico. La táctica se maneja con términos fluidos inmediatos o próximos, con magnitudes movedizas y cambiantes, a corto plazo; y a través de ellas, como el nadador que tan pronto avanza en el mar apenas rizado por un braceo lento y metódico, como se mueve en la tormenta ya cruzando por debajo de las olas, ya aprovechando su ímpetu para ser lanzado hacia adelante, la vanguardia revolucionaria debe acuñar su conducta política y los métodos a utilizar, de acuerdo a esta variable circunstancia, midiendo el avance de la participación cuantitativa de las multitudes y del ensanche cualitativo de su conciencia revolucionaria, como su propio avance. Desde este ángulo, toda discusión acerca de los métodos a utilizar, abstraída de la situación concreta, y en particular, del grado de comprensión de las masas, es un debate bizantino de cuño subjetivista, de ésos a los cuales siempre es propenso el pequeñoburgués, suelto de lengua y corto de obras.

Lenin ha escrito consejos al respecto que resuelven exhaustivamente esta cuestión. Por ejemplo en su brillante ensayo acerca de la "guerra de guerrillas".

Corresponde pues, a la vanguardia revolucionaria, la elaboración de la conducta política, de la línea; y esta vanguardia debe saber modificar esa línea, rectificarla parcialmente, enriquecerla y desarrollarla en la fértil contrastación y verificación con la acción de las masas, en el curso económico, político e ideológico de la lucha de clases.

En esta elaboración, como en sus rectificaciones y desarrollos, cumplen un papel destacado —positivo o negativo— las personalidades sobresalientes y más aún los héroes. Pero por sí mismos, éstos no pueden sustituir a la vanguardia, como las vanguardias no pueden suplantar a las masas en la faena revolucionaria, es decir, la realización de la historia.

En última instancia, pues, el sistema de relaciones con las masas, incluidos los métodos, la dirección de las masas, su conducción a través de la propia experiencia, definen las virtudes de la táctica, sus cualidades fundamentales.

Claro está, no debe confundirse sagacidad táctica con oportunismo, y línea de masas con demagogia o posibilismo. El mismo Lenin, que acuña esta regla

proletariado y las capas situadas un poco por encima o por debajo de él. La socialdemocracia emplea diferentes medios en las diferentes épocas, supeditando SIEMPRE su empleo a condiciones ideológicas y de organización RIGUROSAMENTE determinadas." Y más adelante (pág. 216), respondiendo a los que acusan a los bolcheviques de una actitud ligera y parcial en favor de las actividades guerrilleras precisa las condiciones bajo las cuales es aconsejable el terrorismo revolucionario: "Las acciones guerrilleras bajo la forma del terror SE ACONSEJAN en contra de los agentes de la violencia del gobierno y de los miembros ACTIVOS de las centurias negras, pero bajo las siguientes condiciones: 1) tener en cuenta la opinión de las grandes masas; 2) tomar en consideración las condiciones del movimiento obrero en la localidad de que se trate; 3) procurar no despilfarrar las fuerzas del proletariado. La diferencia práctica entre este proyecto (se refiere a un proyecto de resolución sobre acciones guerrilleras - R. A.) y la resolución aprobada en el Congreso de Unificación reside EXCLUSIVAMENTE en que la segunda no admite las "expropiaciones" de bienes fiscales." (Obras Completas, t. 11, E. Cartago, B. Aires).

dé oro: *aprender a medir los éxitos de una política por sus resultados en las masas*, es el revolucionario implacable y sagaz, el crítico mordaz e iracundo que en los días de la primera guerra imperialista redacta sus artículos bajo el título común "*Contra la corriente*". Sigue las huellas del viejo Engels que rechaza el deslumbrarse por los grandes éxitos de masas de la socialdemocracia alemana, para machacar la herrumbre revisionista que, ya entonces, iba mordiendo el metal del partido obrero. La táctica vale por su aptitud para conectar la vanguardia con las masas con miras a ponerlas en movimiento hacia la revolución; de educarlas y darles conciencia de su destino histórico. Se basa pues, en los principios; y es parte y concreción de una estrategia revolucionaria, es decir de un plan operativo que, en sus grandes líneas, cubre toda una etapa del proceso revolucionario.

Período de acumulación de fuerzas, sí; pero concebido dialécticamente

Esta puntualización previa obliga a definir la etapa, es decir, el momento de la correlación de las fuerzas políticas. ¿Qué instante vive el Uruguay? ¿En un momento de acumulación de fuerzas? ¿En un instante en que las fuerzas de la revolución tienen que plantearse como primer objetivo acumular fuerzas, echar músculos, organizar al pueblo, promover su experiencia, elevarlo a la lucha, elevar los mejores combatientes a la inteligencia revolucionaria, conquistar ideológicamente a la mayoría del proletariado? ¿O en una etapa donde el anudamiento crítico de las contradicciones nos sitúa en la víspera misma del asalto armado, de la insurrección o de la guerra revolucionaria?

Hemos respondido: en un período de acumulación de fuerzas. Pero hemos agregado: no concebimos el período de acumulación de fuerzas (siguiendo también las líneas tácticas señaladas por Marx y recordadas por Lenin) de un modo gradualista, evolutivo, ajeno a la dialéctica marxista.

En nuestro Congreso afirmamos que el proceso de la acumulación de fuerzas que coloca en primer plano la movilización y la conquista ideológica de las masas no se puede prever en una situación como la de Iberoamérica como un plazo interminable, parecido a los "períodos de largo desarrollo pacífico" que conoció Europa desde fines del siglo XIX hasta la revolución de 1905 y la primera guerra mundial. Hay que prever el desarrollo dialéctico en que la acumulación de fuerzas crea las condiciones para los cambios cualitativos; y en que, a su vez, la agudización de la lucha de clases, la profundización de la crisis, la acentuación de todas las contradicciones, en última instancia, pueden promover la coagulación de las condiciones de la crisis política que coloquen ante los ojos del pueblo uruguayo la posibilidad de la toma del poder, o de un cambio avanzado de la correlación de fuerzas.

La contraposición entre ambos aspectos, entre los períodos de acumulación de fuerzas que colocan determinadas tareas en primer plano: la propaganda, la labor parlamentaria, el esfuerzo ideológico, la labor gremial, las múltiples formas de actividad de las masas, la utilización al máximo de las posibilidades legales, etc. por un lado, y por otro, la preparación subjetiva y práctica, la adecuación necesaria para las horas críticas que puedan plantearse, es propia de una oposición metafísica ajena al marxismo. Oposición metafísica que encierra a veces a sectores radicalizados de la pequeñoburguesía en un doble callejón sin salida: o el verbalismo revolucionario que conduce a la esterilidad y el aventurerismo, o el oportunismo sin perspectiva —esma'tado a veces por displicencia intelectualista— que considera que únicamente los partidos tradicionales ofrecen una alternativa de poder en el país, que no hay otro camino que el de "inventar" alguna forma de lucha armada inmediata, o parar el huevo de Colón con alguna genialidad, so pena de vegetar en opciones opositoras en espera de la renovación por dentro de los partidos tradicionales.

¿Puede esperarse un curso político sin sobresaltos?

Ni el sobresaltado curso latinoamericano, manchado por el imperialismo yanqui con una huella de sangre, de intervencionismo y de agresión económico-política y militar, ni la situación uruguaya caracterizada por la hondura de la

crisis de toda la estructura social y por el crescendo de las masas trabajadoras, que en su acción sostenida han ido engendrando variados y en general eficaces métodos de lucha, permiten prever una línea regular de desarrollo "pacífico" del proceso de acumulación de fuerzas y menos su duración medida por décadas. En cuanto a nuestro país, la amplitud del movimiento de masas y el carácter de sus acciones señalan que la revolución ha ido acumulando fuerzas, que estamos en una vuelta más elevada de la espiral político-social. Esto plantea perentoriamente como tarea de vanguardia el contribuir a acelerar los procesos subjetivos, particularmente de la mayoría de la clase obrera, así como el vencer los grandes desniveles del desarrollo social uruguayo, el más estridente de los cuales se refiere a la alianza obrero-campesina y al grado de militancia y organización de las grandes masas del interior del país.

Por otra parte, el perenne convidado de piedra de la conspiración gorila —factor incorporado al vaivén político nacional más que por causas internas por la ingerencia sistemática del imperialismo yanqui— subrayan con un fuerte trazo que los acaeceres uruguayos no transitarán obligatoriamente por un cauce apacible. Y si agregamos que los jefes corruptos del golpismo brasileiro y del entreguismo castrense de Argentina, proclaman por cuenta de EE.UU. sus propósitos de intervencionismo militar en Uruguay, menos podemos concebir nuestro país como una tierra donde las plantas crecen sin perturbaciones, ni temporales, en pleno paraíso. Por el contrario, la única concepción correcta de los referidos períodos de acumulación de fuerzas, es aquélla que se identifica con la contradictoria marcha de la evolución dialéctica. Y ello nos conduce de la mano a enfocar de una manera también dialéctica, las relaciones e interconexiones entre las fases de acumulación de fuerzas y de crisis política, entre las etapas de "acumulación de fuerzas" transcurridas en países donde el movimiento revolucionario actúa legalmente y la lucha armada.

Dicho de otro modo, el problema del inicio de la lucha armada se ha encarado —clásicamente— de dos maneras: a) cuando se ha creado una "situación revolucionaria" —nos remitimos a las definiciones de Lenin— o b) en otros documentos, cuando la reacción ha cerrado "las vías de la acción legal" (26) a las fuerzas patrióticas, democráticas y revolucionarias. En un caso, se define la coronación insurreccional de una crisis que madura las condiciones plenas de la revolución; en otro, la respuesta a dar por un pueblo y su vanguardia ante la dictadura desembozada de las clases dominantes.

Empero, se presenta una situación peculiar, que en América Latina se torna casi un rasgo característico durante los últimos años: la sucesión de "golpes gorilas", llevados a cabo, a pesar de su impopularidad, sin tropezar con una poderosa resistencia o contraofensiva. Tal situación promueve con vigor inusitado, la estimación de las interrelaciones entre los períodos de acumulación de fuerzas y la lucha armada.

A la luz de nuestra incompleta experiencia, intentamos enfocar en cuatro artículos este problema: "Anotaciones acerca de la táctica del movimiento obrero y popular" (ESTUDIOS Nos. 28, 29 y 30), "Algunos aspectos actuales del proceso revolucionario en América Latina" (ESTUDIOS Nº 31 y REVISTA INTERNACIONAL Nº 10/964).

Volvamos sucinta y parcialmente a él.

En mayo-junio de 1964 se precipitó en Uruguay la amenaza del go'pe gorila. Este fue combatido por una rápida respuesta de las masas obreras y populares, con la huelga general y otras demostraciones y el planteamiento público y expreso de que se debía enfrentar el golpe en todos los terrenos. El Frente Izquierda de Liberación y el Partido Comunista lanzaron entonces la consigna de denunciar la conspiración gorila y responder al golpe por todos los medios. Este planteamiento fue correcto a pesar de no haber entonces una "situación revolucionaria" en su clásica definición.

Cuando nosotros en junio del 64 recogimos la voluntad del pueblo de luchar contra el golpe de estado, señalada por la consigna de la Central de Trabajadores y la F.E.U.U. ("¡Soluciones sí, golpes no!") y llamamos al pueblo a combatir a la regresión en todos los terrenos, inclusive la lucha armada, ¿éramos acaso

(26) Ver Declaración de los partidos comunistas y obreros de 1960 y Segunda Declaración de La Habana.

aventureros? ¿Negábamos nuestros puntos de vista? Evidentemente no. En el terreno de las grandes líneas de democracia y reacción existían condiciones en las masas para plantear así la lucha sin que hubiera entonces una "situación revolucionaria"; y el impacto del golpe gorila podía ser el coágulo determinante de una nueva correlación de las fuerzas políticas en nuestro país, la lucha de todo el pueblo en defensa de las libertades y derechos, que permitieran el advenimiento de una democracia más amplia y de conquistas más vastas en la vida de la República. Sin descartar la precipitación de una "situación revolucionaria", como consecuencia de los vaivenes de la lucha misma.

Nada más ajeno al marxismo que las fórmulas abstractas

Por ello el problema de las "vías de la revolución" y de sus "formas de lucha" nunca se debe plantear abstractamente. Nosotros hemos proclamado más de una vez que preferimos que la revolución transite en nuestro país por "la vía menos dolorosa" —para repetir a Lenin— pero sabemos que las clases dominantes jamás entregarán voluntariamente el poder. Sabemos que vivimos en una América Latina donde el imperialismo yanqui desarrolla sus "operaciones Ayacucho", la acción de su Junta Interamericana y hace gruñir a los gorilas en la frontera de nuestro país cada vez que el pueblo uruguayo se mueve por sus libertades o por sus derechos o determina que el gobierno refleje una cierta línea de soberanía.

Sabemos que el mundo de hoy está sacudido por grandes contrastaciones y así como sería dogmático y absurdo excluir la posibilidad, en condiciones determinadas y peculiares, del arribo del pueblo al poder por vías pacíficas, se debe prever siempre un proceso latinoamericano endurecido, difícil, sangriento, aunque hermoso en su proyección histórica, por la propia presencia en nuestro suelo del imperialismo norteamericano.

No debemos hablar pues, según opciones voluntaristas sobre las formas de lucha, manejarnos por pálpitos en el terreno de la táctica, ni invocar las agallas en cuanto al cómo hacer la revolución. Ello es ajeno al marxismo, es subjetivismo puro, no tiene nada que ver con la teoría triunfante del movimiento revolucionario mundial. Lenin decía, en su ya citado estudio acerca de "La guerra de guerrillas" que el marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no vincula el movimiento a ninguna forma de lucha específica y determinada. Reconoce las más diversas formas de lucha, pero "sin inventarlas", sino simplemente generalizando, organizando e infundiendo conciencia a aquellas formas de lucha de las clases revolucionarias que por sí mismas surgen en el curso del movimiento". Rechaza las "fórmulas abstractas o recetas doctrinarias" — dice Lenin. Reclama que se preste mayor atención a la lucha de las masas en marcha, que "engendra métodos constantemente nuevos y cada vez más diversos de defensa y ataque". Las formas "surgen al cambiar la coyuntura social", el marxismo "aprende de la práctica de las masas".

El marxismo exige "incondicionalmente que el problema de las formas de lucha se enfoque históricamente. Plantear este problema al margen de la situación histórica concreta es tanto como no comprender los rudimentos del materialismo dialéctico".

"En diferentes momentos de la evolución económica con sujeción a las diversas condiciones políticas, culturales, nacionales y de vida, etc. se destacan en primer plano diferentes formas de lucha como las formas de lucha fundamentales y en relación con esto varían a su vez las formas secundarias, accesorias. Querer contestar simplemente que sí o que no a un determinado medio de lucha, sin entrar a considerar en detalle la situación concreta del movimiento de que se trata en una fase dada de su desarrollo, equivale a salirse totalmente del terreno del marxismo".⁽²⁷⁾ (Subrayado nuestro).

Por ello, con razón, a diferencia del blanquismo recordamos las palabras de Marx de que el problema de la insurrección y de la lucha revolucionaria es primero un problema político y es luego, como derivado, un problema militar.

(27) V. I. LENIN. "LA GUERRA DE GUERRILLAS", ed. citada, pp. 207 y 208.

Desde este punto de vista, ya he citado alguna vez el excelente artículo del vietnamita Nguyen Nghe acerca del libro de Frantz Fanon, ese malogrado y brillante escritor y revolucionario.

"Es necesario —escribe— denunciar a aquéllos que no osan lanzarse a la lucha armada cuando es necesario. Pero se debe desconfiar también de aquéllos que la predicán en toda ocasión. La denuncia de la impostura trotskista ha sido siempre una constante en la historia de la revolución vietnamita. El darle valor absoluto, metafísico a la lucha armada, lleva a Fanon a descuidar otro aspecto de la lucha revolucionaria que no ha sido siquiera evocado en su libro: el problema de la unión de las clases sociales, de las capas diferentes de la sociedad por la independencia nacional, por el restablecimiento de la paz, por la edificación de una sociedad nueva."

Dicho de otra manera: el formar la fuerza social capaz de llevar a cabo la revolución es la tarea básica, es el cimiento en toda concepción estratégica y táctica para la vanguardia revolucionaria.

La valiosa experiencia del pueblo dominicano

El combate de los dominicanos es de por sí aleccionador. En 1959, revolucionarios dominicanos, entre ellos miembros del Comité Central del Partido Socialista Popular (Comunista) de Santo Domingo, invadieron la Isla y fueron derrotados, aplastados, liquidados físicamente; se incorporaron a la nutrida falange de mártires de la revolución latinoamericana. Posteriormente los representantes del "14 de Junio" repitieron heroicamente el mismo esfuerzo y fueron también exterminados. No entramos a juzgar aquí si hicieron mal o bien en tomar ese camino, ni cuales fueron las causas de su derrota. Sólo deseamos subrayar la importancia del factor político. Posteriormente, en un instante determinado, fuerzas revolucionarias dominicanas, se plantean la unidad de todo el pueblo por una consigna, al parecer tan limitada como el "retorno de la Constitución" de 1963 y de Bosch, representante entonces de la burguesía conciliadora, de Santo Domingo; pues, en torno a este objetivo se unió al pueblo. Y la unidad de diversas capas sociales y la acción popular por un objetivo modesto pero comprensible para las masas, conduce la insurrección casi a la victoria, pese a la brutal intervención yanqui y sigue hoy de pie en medio del cerco norteamericano y de las tropas del imperialismo y de sus ayudantes gorilas. ¡No han podido hasta hoy extinguir esa voz de independencia, ese grito revolucionario lanzado en las condiciones geográficas y políticas más negativas desde el punto de vista estratégico. El problema de la revolución es primero un problema político y luego un problema militar o de otra índole. Aunque, como ya dijimos, la lucha militar y política luego se apoyan mutuamente y se complementan.

Las diversas manifestaciones de la lucha armada y la realidad uruguaya

Claro está que en la situación de nuestra América hay promovidos ya ejemplos que señalan que deben estudiarse determinados aspectos de la relación entre las situaciones revolucionarias, los momentos de acumulación de fuerzas y el instante de la toma del poder por las fuerzas de la revolución. Cifamos ya nuestra experiencia y opinión.

- ① Como se sabe, Lenin señaló que para organizar la insurrección armada era menester que hubiera una "situación revolucionaria" y fuerzas en condiciones de aprovecharla para la toma del poder. Así ocurrió en Rusia. La situación revolucionaria coincidió con la insurrección armada y la toma del poder por los bolcheviques. Sin embargo, en la historia contemporánea vemos que a veces se separan ambos momentos ⁽²⁸⁾: el del inicio de la lucha armada y el de la toma del poder. Por ejemplo, en el caso cubano, el inicio de la lucha armada y la
- ②

(28) La Revista Internacional ha publicado varios artículos de autores diversos, dedicados a estudiar este tema.

hora de la toma del poder se separan alrededor de dos años si partimos del desembarco del *Granma* y mucho más si consideramos el asalto al *Moncada* como el comienzo de la acción insurreccional. Aquí, el golpe de Batista crea una situación nueva en la Isla; instala una dictadura particularmente sangrienta que el pueblo odia y un cuadro de repulsa democrática general, que alcanza a amplios sectores de la burguesía. (Sin tentar siquiera el análisis de la historia cubana y su resultante influencia sobre los acontecimientos). En este marco general, Fidel Castro y sus acompañantes supieron calibrar primero, la importancia del pasaje a la lucha armada; luego, las peculiaridades de ésta: la guerra de guerrillas. En el caso argelino, se trata de una guerra de liberación nacional contra un ocupante extranjero, madurada en las condiciones de la victoria sobre el fascismo en la segunda guerra mundial, con la proyección internacional del sistema socialista y el apogeo de la revolución anticolonialista. No traigo aquí el ejemplo chino, pues éste, que integra como la revolución vietnamita, uno de los casos más notorios de "guerra" liberadora "prolongada", posee ciertas peculiaridades: la revolución china comienza por insurrecciones principalmente urbanas, que al ser derrotadas se transforman en guerras de guerrillas y luego en grandes ejércitos que sólo a lo largo de más de dos décadas de muy variado curso político y militar alcanzan la victoria. Acciones armadas se desarrollan en varios países de América Latina, principalmente bajo la forma de movimientos guerrilleros (Venezuela, Colombia, Guatemala, Perú) que se combinan con otras formas de lucha, inclusive muchas de ellas legales. Es evidente que en estos casos, las vanguardias revolucionarias y frentes liberadores —aunque han arribado a la acción armada a través de un proceso político distinto y aun siguen valorando peculiarmente las perspectivas de cada país— afrontan situaciones donde el inicio de los combates con las armas empuñadas no coincide en el tiempo con la configuración de una "situación revolucionaria" generalizada y se distancia del momento probable de la victoria.

A la luz de estos ejemplos, quizá se pueda afirmar que en la correlación actual de las fuerzas mundiales y dentro de un marco político democrático, nacional o democrático-nacional que abarque a importantes masas populares, la lucha armada llevada a cabo peculiarmente bajo la forma de "guerra de guerrillas", puede determinar condiciones de una guerra política y militar prolongada, la que siempre aparejará un lapso entre el inicio de las acciones y la toma del poder, ya sea que ésta sobrevenga por la transformación de la guerrilla en ejército libertador, ya fuere que un cuadro insurreccional generalizado aproveche luego la guerrilla como una fuerza auxiliar. Claro está que el éxito dependerá siempre de la situación política y no principalmente, de la eficacia militar.

Y puede plantearse un tercer caso, al que de cierto modo ya me he referido: que, antes de producirse una situación revolucionaria, la iniciativa armada sea emprendida por la reacción y el imperialismo, pero que ella encuentre a las fuerzas revolucionarias en condiciones políticas y técnicas para enfrentarlos, sin olvidar que en esta situación las fuerzas reaccionarias tendrán siempre ventajas de carácter técnico y posiblemente en cuanto a la iniciativa⁽²⁹⁾. Y por lo tanto, sólo la capacidad de arrastrar a la mayoría del pueblo a la lucha puede compensar tales desniveles.

La vida, pues, nos plantea diversidad de casos que han traspasado las previsiones clásicas. Empero, todos ellos tienen un denominador común que corresponde, en su esencia, al planteamiento de los clásicos del marxismo-leninismo: *sin determinadas condiciones político-sociales*, no es posible encarar la definición de las vías, formas y métodos de lucha a emplear, su predominio, simultaneidad o alternancia en el curso de la lucha revolucionaria.

Plantear pues, estos problemas de pálpito, o en los cuadros opcionales de los deseos o audacias individuales, es caer en el subjetivismo, es separarse del marxismo-leninismo, es prescindir de toda la experiencia histórica del movimiento revolucionario.

(29) Algunos de estos casos han sido estudiados en varios artículos de la Revista Internacional.

Es torpeza menospreciar las posibilidades de acción legal

La traslación al Uruguay de esta experiencia, se sintetiza en una fórmula ceñida, también ella de carácter político: *cómo construir la fuerza social de la revolución, en medio de una realidad apremiante, en un continente estremecido, sin atarse a ningún esquema respecto a los medios de lucha, teniendo en cuenta estrictamente la realidad nacional y procurando ser aptos para combatir al enemigo en todos los terrenos en que la lucha pueda promoverse.*

Y si es tontamente angelical concebir el futuro uruguayo como un manso río sin oleaje, es de un infantilismo irredimible recaer, como ocurre con ciertos grupos o personas de la izquierda uruguaya, en el menosprecio de las formas de la lucha legal, inclusive la participación en las elecciones y la utilización amplia del parlamento. Parecería un anacronismo el debatir siquiera tales ideas de un sectarismo burdo, ya demolido por Lenin luego de la revolución rusa y la primera guerra mundial. Generalmente tales planteamientos son expresiones de la impotencia política, es una especie de "droga heroica" que se suministran quienes han perdido su capacidad de conectarse con las masas e influirlas. Tanto más en un país como Uruguay, de sus características generales, y mucho más aún, cuando existe una práctica rica de utilización del parlamento por nuestro Partido y ahora por el F. I. de L., según una concepción revolucionaria, es decir, en estrecha relación con la movilización y acción de las masas.

Si la batalla electoral no es toda la batalla ni mucho menos, sin embargo sólo por miopía pequeñoburguesa, por izquierdismo infantilista, se puede despreciar el papel que en la lucha política del pueblo desempeña la batalla electoral y las posibilidades de tribunas que ofrece, las fuentes de educación de la labor parlamentaria y los caminos del desarrollo de la organización popular que facilita andar.

Por otra parte, es a la reacción y no a la revolución que interesa en el Uruguay de hoy, liquidar las libertades democráticas, reducir las posibilidades legales y de acción democrática de la clase obrera y del movimiento nacional-liberador. Y hoy —ya lo hemos escrito otras veces— el parlamento —ese parlamento mezquino y gárrulo, constituido según las trampas de la "ley de lemas"— molesta a la regresión y no al pueblo, a las clases dominantes y no a los sectores patrióticos y democráticos afanosos de avanzar en la ruta de las grandes transformaciones.

Abrir al pueblo la perspectiva del poder

En fin, compañeros y amigos:

El problema de la unidad del pueblo, de la síntesis en un frente de liberación nacional de todos los caudales de la acción popular, es el punto medular de la situación uruguaya. Las rutas de esa unidad ya las hemos señalado.

Entre ellos, cobra singular importancia la que ha dado en llamarse un poco impropriamente, la unidad de la izquierda, en verdad la unidad política de las fuerzas antimperialistas y avanzadas, fuera de los partidos tradicionales. Lo exige imperiosa y urgentemente la propia vida.

En un pasado no lejano nosotros consideramos que el escalón primero consistía en la unidad de los partidos Comunista y Socialista, en todos los planes desde luego incluido el electoral. En 1962, los factores nacionales y latinoamericanos por un lado, y por otro, la formación de la Unión Popular, determinaron concertar nuestro propósito de unidad en el Frente Izquierda de Liberación. Consideramos que los acontecimientos han comprobado la fertilidad de esa decisión. No creemos agotado su destino, ni menos que sus actuales fronteras estén cerradas a la ampliación y al fortalecimiento con el ingreso de otras fuerzas, grupos o personalidades. Y también aquí la vida demuestra que así ocurre. Pero es evidente que se han creado todas las condiciones para otras más amplias formas de la unidad. La propia experiencia unitaria del F. I. de L., la elevación de todas las formas de la unidad y militancia del movimiento obrero y popular en gremios, coaliciones o congresos, la absorción de muchos puntos de discordancia ideológica planteados antes en un terreno más crítico en las filas de la izquierda, el fortalecimiento sin tregua del Partido Comunista y otros factores, crean pre-

misas para fases más elevadas de la unidad política de las fuerzas avanzadas.

La magnitud de los combates, cada vez más agudos, las amenazas gorilas o represivas y la proximidad de las elecciones, promueven a su vez la apremiante urgencia de avanzar hacia otras etapas de la unidad.

Cualquiera comprende que ya ha corrido bastante agua bajo los puentes para que ante todos los revolucionarios del país aparezca como un deber, la consigna de saltar por encima de los prejuicios y las dificultades y formar un tronco común, e ir hacia horizontes más amplios, para atraer a fuerzas mucho más vastas, para incorporar corrientes mucho más profundas al cauce de la revolución.

¿Qué dificultad puede haber para que aun hoy el Partido Socialista no venga a este cauce y para que no vengan a él otras fuerzas? ⁽³⁰⁾ O por ejemplo, ¿que hombres desprendidos de otras ideologías que aún permanecen aislados, o gentes que discrepan con nosotros acerca de la concepción del mundo, ya que admiten creencias religiosas o filosóficas deístas, pero que ya militan en el vasto movimiento social, se sumen a las filas unitarias ya formadas o a la labor de hallar los caminos de ampliar la unidad?

Desde el punto de vista práctico, llevamos la gran ventaja de que a esta fuerza que ya se extiende, que clava sus raíces profundamente en la vida del pueblo, se incorpora la mayoría de los dirigentes sindicales, que nutre sus filas con figuras destacadas del movimiento universitario y una buena parte de lo más característico de la intelectualidad. Son hombres que hicieron en la lucha la experiencia de vencer el sectarismo interno, de crear la fraternidad.

La urgencia de una más extensa y más honda unidad brota de la circunstancia que vivimos, que —por cierto— “no admite la menor demora”.

¿Qué hora nos espera?

A diferencia de los pesimistas profesionales, pensamos que maduran en el país las premisas para un cambio profundo y para muy agudas y duras luchas.

Esas premisas están dadas en el plano material por la profundización de la crisis que en lo económico-social y financiero reduce el margen de acción de las clases dominantes, agudiza la lucha de clases y lanza a sectores cada vez más amplios del pueblo a la militancia. Por la debilidad de clase de este gobierno y de los gobiernos que pueda tener el país en el futuro inmediato. Por la crisis histórica de los partidos tradicionales que si aún no es crisis política, que si aún no ha cegado sus fuentes de engaño, corrupción y soborno, sin embargo se expresa como contradicción profunda, irredimible con la realidad social y se resume en una crónica incapacidad para resolver los problemas esenciales que promueve la crisis de estructura.

Pero además, ¡cuánto ha crecido la experiencia acumulativa de la clase obrera y otros sectores populares en este tiempo!

¡Cuánto ha avanzado el país! ¡Cómo se ha extendido la gravitación de la clase obrera, cómo se ha fundido con otras capas sociales! Hoy la unidad del estudiantado y el proletariado como dijimos antes, es una alianza estratégica y no un ocasional encuentro táctico en torno a una batalla universitaria, o una acción en torno a determinada libertad.

Deseamos construir la unidad del movimiento antimperialista y avanzado en el plano político con mayor amplitud, justamente porque no nos resignamos como dicen algunos, a desempeñar el papel de minoría opositora crítica o a encerrarnos en el abrazo de cobra de los partidos tradicionales. Queremos romper, por la acción del pueblo, esa superestructura caduca y producir una nueva correlación de las fuerzas políticas.

Queremos abrir al pueblo la perspectiva del poder, luchando en todos los terrenos por la conquista de las masas y actuando como fuerza política avanzada y revolucionaria en medio del pueblo en movimiento. Para eso nació el Frente Izquierda, para eso queremos su ensanchamiento. Para ello procuramos ampliar esa unidad y congregar al F. I. de L. y a otras fuerzas y partidos en la fraternidad militante de la lucha y en el diálogo cordial del debate unitario.

(30) Un mes y medio después de pronunciada esta conferencia quedó constituida la Mesa para la Unidad del Pueblo con la participación del F.I.deL., el Partido Socialista, dirigentes sindicales, universitarios y personalidades de opinión política independiente. Con ello se ha iniciado una nueva etapa en la tarea de forjar la unidad de todos los sectores antimperialistas del país.

BIBLIOTECA DE LA
UNION DE LA JUVENTUD COMUNISTA

EDICIONES DE LA REVISTA ESTUDIOS